

REVISTA EUROPEA.

Núm. 31

27 DE SETIEMBRE DE 1874.

AÑO 1.

SIN UN CUARTO.

CASO MUY DIVERTIDO.

CARTA-PRÓLOGO.

EL AUTOR Á LOS EDITORES.

Mis queridos amigos Medina y Navarro:

Al remitirles las dos adjuntas novelillas «SIN UN CUARTO» y «LA ÚLTIMA CALAVERADA», ambas escritas en mi antigua manera (que diría un pintor), créome obligado á advertir á ustedes y al público, que las compuse algunos meses ántes que «EL SOMBRERO DE TRES PICOS.»

Hago esta declaracion, para que no se crea que he desoido los consejos que, ya verbalmente, ya en letras de molde, me acaban de dar personas autorizadísimas, á propósito de mi dicha última obreja; consejos encaminados á que siga por el nuevo sendero que parece he emprendido; esto es, á que procure *españolizar* cada vez más mis novelas, así en el fondo como en la forma, apartándome ya por siempre de aquel *afrancesamiento* literario que revelaron mis primeros ensayos en el género.

Tal me propongo hacer en adelante; y muy pronto dará á ustedes y al público una prueba de ello (á lo ménos en cuanto dependa de mi voluntad) la novela titulada «El escándalo», en que trabajo á la presente; pero, en el ínterin, no llevaré mis castizos escrúpulos de última hora hasta el extremo de cometer una especie de infanticidio, arrojando á las llamas las dos postrimeras quisicosas que he habido en mi largo contubernio con la literatura francesa...—*Quod scripsi, scripsi...*, y no estamos en tiempos tan rigurosos, que sean precisos semejantes autos de fe literaria!

Allá van, pues, las dos indicadas novelillas «Sin un cuarto» y «La última Calaverada», discurridas, coordinadas y hasta casi redactadas en parisien, como parisienes son nuestras actuales costumbres (ménos los toros), nuestro estilo hablado (y casi todo el impreso), nuestras modas, nuestros muebles, nuestra moral y nuestros vicios.—Publíquenlas ustedes á cuenta de mi pasado, y mañana será otra cosa, si Dios quiere...

En attendant, je vous prie de croire á ma bien sincère amitié.

Setiembre de 1874.

P. A. DE ALARCON.

TOMO II.

I.

Entre cielo y tierra.

Hace por ahora veinte años ménos unos meses, vivian juntos *encima de Madrid*, ó sea en un sotabanco de la entonces coronada villa, media docena de jóvenes andaluces, cada uno hijo de su padre y de su madre, que maldito lo que tenian de tontos, ni de ricos, ni de malos, ni de sabios, ni de tristes, ni de cursis, y que, por el contrario, no dejaban de tener bastante de poetas, de tronados, de decentes, de aturdidos, de calaveras, y de personas bien nacidas y bien criadas, tan aptas para la vida de *Bohemia*, que llevaban casi de continuo, como para pisar los más aristocráticos salones, donde solian *brillar* algunas veces... sus raidos fraques.

Aquellos seis *bohemos*, dignos de la pluma de Henri Murger y de Alphonse Karr, y que en su mayor parte son hoy hombres célebres y hasta *excelentísimos señores*, trabajaban poco, se divertian mucho, escribian á sus respectivas familias ofreciéndoles proteccion, en vez de aceptar sus ofertas de dinero,—precisamente los dias que se encontraban *sin un cuarto* (esto último para demostrar á sus señores padres que no habian hecho bien en oponerse á que abrazaran la vida de las Letras),—y, en fin, lo pasaban admirablemente, aunque estuviesen privados de algunas de las comodidades que disfrutaban en el hogar paterno antes de emprender el camino de la gloria...

V. g. Aquel invierno (el de 1854 á 1855) lo pasaron, no ya sin alfombras, pero sin esteras en sus habitaciones (lo cual habria hecho llorar lágrimas como puños á sus benditas madres si lo hubieran sabido); y cuéntase tambien que uno de ellos solia decir:

—¡Protesto de esta humillacion que me inflige el Destino... ó sea la falta de un buen destino! ¡Protesto, como Napoleon protestaba en Santa Elena, de las vejaciones que

le imponía Sir Hudson Lowe! ¡Yo no me someteré jamás á andar sobre el duro suelo! ¡Yo no he pisado nunca en invierno los ladrillos de mi casa! ¡Nobleza obliga! *Prius mori quam fœdare...*

—Y en virtud de semejante razonamiento, se paseaba sobre las sillas puestas en hilera, cuando no sobre su propio catre.

Otro, para que no se pudiese dudar ni por un momento de que era persona de buena familia, acostumbraba, la noche que se sentía insuficientemente alimentado, á dormir con el sombrero de copa puesto, á cuyo fin había recortado las alas por atrás y por la derecha á la gabina ó chistera número 2.

—¡Así verá el mundo que soy un caballero digno de mejor suerte!...—decía al dejar caer la cabeza sobre la almohada.

Otro llevaba más allá sus alardes aristocráticos y linajudos, y cuando no podía salir por falta de botas, se calzaba unas espuelas sobre las zapatillas, y andaba así por la casa, desde por la mañana hasta la noche, embebecido con el retintín de aquel nobiliario atributo, y declamando los dos famosos versos de *El puñal del godo*:

Y con caballo, lanza y yo escudero,

Si no podeis ser rey, sed caballero.

Por último, y para que os hagais cargo de todos los puntos que calzaba aquella gente, os diré que en cierta ocasion reunian entre los seis troneras seis cuartos de capital: uno de ellos los reclamaba para hacerse limpiar las botas é ir á ver á un ministro de la Corona que lo habia citado á fin de suministrarle los medios de publicar un periódico contra la dinastía; otro los necesitaba para afeitarse (en una barbería de quinto orden), á fin de ir á levantar un empréstito á casa de *su banquero*; y otro los pedia con melodramática entonacion, para comprar un sello de franqueo (que entónces valian justamente 24 maravedises) y escribirle á una novia que se habia dejado en Granada. El debate entre los tres duró muchas horas; y, despues de sendos discursos, acordóse por unanimidad que lo más urgente, lo más sagrado, lo más indispensable era que recibiese carta aquella pobre señorita de las már-

genes del Genil, que se veia expuesta á perder sus ilusiones amorosas...—Los seis cuartos se gastaron, pues, en el sello de franqueo.

Tales fueron... los verdaderos héroes de la historia que os voy á contar: esto es, tales fueron los oyentes, el público, el tribunal, el jurado, el coro, los comentadores, ante quienes la relató su insignificante protagonista.—Por eso el título de estas páginas se refiere á ellos, y no á él.

Réstame decir... aunque no es cierto; pero, en fin... para que nos entendamos como ellos se entendian,—que se llamaban: Bretislao, Ladislao, Premislao, Sobieslao, Borcivogo y Segismundo, nombres todos de antiguos reyes de Bohemia.

Conque hagamos ahora el retrato físico y moral del que cantó el ária que ellos corearon.

II.

Dime con quién andas... é ignoraré quién eres.

Rafael de... no sé cuantas Estrellas, frisaría á la sazón en los veinte ó veintiun años (que era la edad que tenia entónces todo el mundo), y estaba dotado por la naturaleza y por la sociedad de una arrogante figura, de un pobrísimo entendimiento, de unos 80.000 reales de renta, que le entregaba por mensualidades su curador (pues era mayorazgo y huérfano), y de una encarnizada afición á los poetas, pero no á la poesía; á los artistas, pero no á las artes; á los cómicos, pero no á las comedias; lo cual quiere decir que era uno de aquellos profanos pegadizos, insoportables idólatras é inconscientes admiradores de las personas de fama, que no las dejan á sol ni á sombra, y que sólo les sirven para ir traduciendo al manchego y contando de una manera sándia, incompleta y ridícula, las ingeniosas excentricidades y humoradas que presencian y no comprenden.

Los seis poetas andaban siempre dándole de lado á Rafael, sin poder quitárselo de encima, y, bien que no lo aborrecieran, pues en medio de todo era un bendito, dispuesto á reir y celebrar todo lo que les oía, aunque no lo entendiese, ponian un particular esmero en evidenciar á los ojos de todo el

mundo que no tenían ninguna intimidación con aquel imbécil tan rico, ó sea con aquel rico tan imbécil.—¡Así lo exigía el noble orgullo de los seis tronados discípulos de Apolo! ¡No querían ellos que se dijese, que se creyese, que se sospechase si venderían de vez en cuando su buen gusto, su sana crítica, su brillante sátira, sus delicados nervios... crispados continuamente contra las tonterías, por el plato de lentejas que pudiera ofrecerles la pingüe renta de Rafael!...—¡Horror! ¡Abominación!—El poeta ó el artista puede recibir dignamente protección y ayuda de parte de los ricos que amen sus obras, que las estimen, que las comprendan. El favor, la limosna, no se hace entonces al hombre, sino á las letras ó á las artes. El conde de Lemos no protegió á Cervantes, sino el Quijote y *Persiles y Segismunda*, y por eso su nombre durará tanto como estos libros.—¡Para ser Mecenas, es menester merecerlo!—El dinero no puede aspirar por sí solo á la gloria de protector del buen gusto. Es menester que vaya unido á algo más; al buen gusto mismo, por ejemplo!

No habia conseguido, pues, nunca Rafael que los seis poetas acudiesen á su bolsillo en los apuros que pasaban, apuros voluntarios en cierto modo y que eran célebres en Madrid por los graciosos y chispeantes incidentes á que daban lugar. Alphonse Karr y Henri Murger, á quienes ya hemos citado, y Chamfleury y otros escritores franceses de aquel tiempo, habian puesto de moda la pobreza de los literatos y artistas, ó sea la *sublime Bohemia* del barrio Latino de Paris, y nuestros seis andaluces, con su deliberado desarreglo, con su terquedad de no aceptar nada de sus familias, con su costumbre de no trabajar hasta que se veían sin dinero, y con su manía de gastar todo su dinero, como unos príncipes, el mismo dia que vendían una obra, ora en grandes banquetes, ora en paseos en carretela, ora en ramos de flores, ora en libros viejos, ora en donativos á necesitados hermanos... ó hermanas, procuraban cuidadosamente no perder nunca su categoría de *bohemos*, ni faltar á esta divisa de su escudo: *Sin un cuarto*.

III.

Noble emulacion.

Así las cosas, llegaron los bailes de máscaras del Teatro Real, correspondientes al año de 1855.

Aquellos bailes fueron el palenque de innumerables triunfos para los seis poetas, que sólo llevaban algunos meses de residencia en Madrid.

Todas las marisabidillas de la corte; todas las virtudes equívocas, por lo sentimentales; todas las Mecenas de oficio (pues tambien las hay en el bello sexo; sólo que su protección se reduce á besos y lágrimas), apresuráronse á conocer, á embromar, á adorar y á coronar de mirtos y adormideras á aquellos adolescentes sublevados contra las autoriades constituidas, empezando por la de sus padres y acabando por la de los Académicos, así como ellas lo estaban contra ciertas reglas de la sociedad y contra uno de los preceptos del Decálogo.

Rafael, el rico y buen mozo y estúpido Rafael, satélite ya de nuestros amigos, veia pasar ante sí aquella ráfaga de amor y gloria, sin que le tocase uno solo de sus abrasadores halagos, y limitándose á enumerar al dia siguiente todos los éxitos que *sus amigos* habian alcanzado en las máscaras, con la satisfacción y el orgullo de una abuela que refiere las audaces travesuras de sus nietos.

Pero llegó el último baile, el de Piñata, y el jóven mayorazgo propúsose trabajar aquella noche por su cuenta; ser héroe de alguna aventura en el Teatro Real; hacer alguna conquista; ponerse á la altura de *sus amigos*...

Apartóse, pues, de ellos en el baile con tanto afán como se les habia acercado las demas noches; y á la mañana siguiente...

Mas aquí viene como de molde otro párrafo aparte.

IV.

Rafael obtiene la palabra.

Eran las siete de una mañana de nieve... de hielo... de viento... de agua... de los mismísimos demonios.

Apénas habia amanecido.

Los seis camaradas literarios acababan de penetrar en el café Suizo (que era entonces el Parnaso de Madrid), de vuelta del baile de máscaras del Teatro Real, adonde habían ido, como de costumbre, con billetes de periodistas; y donde habían amado y reído mucho... pero no cenado de manera alguna. Estaban en uno de sus períodos épicos. La temporada de carnaval los había dejado de la manera que decia su escudo: *Sin un cuarto*.

—Esta noche prescindiremos generosamente del *buffet* del teatro, y á la salida del baile tomaremos chocolate con pan y manteca en el café Suizo, si no se ha agotado nuestro crédito con *Capelin*—se habían dicho la tarde ántes, en tanto que limpiaban con goma sus guantes de color de paja.

Capelin era el mozo del café que les fiaba el gasto de semanas enteras, cuando carecían de *metales preciosos*.

Sin esfuerzo alguno cerraron el trato con el sirviente (que sabia con quién trataba... que no perdía nada en aquellos negocios... que era además aficionado á la literatura... y que murió hace algun tiempo, despues de tener la honra de ver á sus protegidos en desahogadísimas posiciones); y ya estaba haciéndose el chocolate, cuando Rafael penetró en el Suizo y se dirigió como una bala á la mesa que solían ocupar los seis escritores andaluces.

—Me figuré que estariais aquí,—les dijo.—Ya os he visto en el baile, pero no he podido dedicaros un momento... ¡Ay, chicos, qué noche!

Y sonrió con aire de triunfo, sentándose entre los poetas.

—*Nocte pluit tota: reddeunt spectacula mane*,—exclamó uno de éstos.

—Pero este *espectáculo*,—observó otro, señalando al mayorazgo,—se nos aparece por la mañana sin que por eso deje de llover.

—Oye tú, hombre rico,—añadió un tercero;—pide lo que quieras, y págalo. No cuentas con nosotros para nada; ni para que te convidemos ni para convidarnos. *Sum cuique*.

—Yo he cenado en el baile... y por cier-

to admirablemente y en muy buena compañía,—respondió Rafael.

—¡Ha cenado!—dijo otro de los vates, mirando con asombro á los demas.

—¡Qué bárbaro!—exclamaron éstos.

—¡Y con una hermosísima mujer!...—agregó el jóven rico.

—¡Demonio! ¿Y quién ha pagado? Suponemos que habrá sido ella...

—¡Quién sabe!

—¡Hola, hola! chico, tú te has transformado desde ayer tarde...

—Yo... hasta lo encuentro ingenioso. Ese *¡quién sabe!* es una frase muy feliz.

—¡Pues nada digo del rasgo de valor de no hablarnos en toda la noche! Es un hecho heroico que demuestra bondad, abnegacion, misericordia...

—Sigue por ese camino, Rafael.

—Di que no. Al contrario, cuéntanos la historia de esa convidada á cenar.

—¡Oh! no vais á creerme. ¡Es todo un drama! Es la aventura más grande que le ha ocurrido á hombre. ¡Qué feliz soy! Hacedme toda la burla que querais. Yo os compadezco por mi parte. Con todas vuestras poesías, no habeis conseguido jamás un triunfo como el mio de esta noche!

—¿Será verdad?

—Es muy posible... *Aliquando bonas dormitant mulieres*.

—A ver! á ver! Que nos cuente la aventura...

—Pero con una condicion.

—¿Cuál?—preguntó Rafael.

—Que nos permitas interrumpirte de vez en cuando.

—¿Para qué?

—Chico, para respirar como los buzos. ¿No ves que puedes ahogarnos?

—Pero será de envidia. Y si no, escuchad con atencion unos momentos.

—Sólo unos momentos,—respondieron á la vez los seis poetas.

V.

La fuerza del consonante.

—Vagaba yo anoche por el baile, sumamente aburrido, y admirándome, como siempre, de veros tan divertidos á vosotros con

las conversaciones y las bromas de aquellas *traviatas* que van allí en busca...

—Te advierto que no estás contando nuestra historia ni la de nuestras amigas, sino la tuya y la de tu convidada.

—Tienes razón. Pues bien: estaba yo pidiéndole á Dios que acabase de abrirme el apetito, á fin de comerme una magnífica langosta que habia visto en el *buffet*...

—Permíteme que no crea que haya existido esa langosta,—interrumpió Bretislao.

—¿Cómo que no? Te digo que la ví...

—¡Ilusion óptica! Yo las padezco también á veces... Ahora mismo me parece estar viendo otra langosta encima de esta mesa...

—Pues aquella no era ilusion. Y la prueba es que me comí cerca de la mitad...

—¡Calla, imprudente!—prorumpió Ladislao.—¡No ves que podemos devorarte!

—Tú eres un Jonás al revés,—añadió Premislao.—Tú llevas á la ballena dentro del vientre.

—Rafael, tú eres un monstruo,—agregó Sobieslao.—¡Me das horror!

—Dejadlo que siga,—dijo Borcivogo.—El mismo nos vengará probablemente con su historia.

—*Parla, amico*,—exclamó Segismundo, acariciando á Rafael.

Este se reía como un bienaventurado, y prosiguió así, tan luego como lo dejaron meter baza:

—Pensando estaba en la langosta, cuando ví desocupado un sitio en el divan que rodea todo el salon, y sentéme en él, fatigado de dar vueltas por el baile, y resuelto á no volver en toda mi vida á pasar un rato tan fastidioso...

—Oso...—repitieron los seis poetas.

—Esperad, esperad. ¡Ya vereis el oso! Ahora empieza lo grande.

—Ande.

—¡Vaya si anduve! Pues señor; en aquel punto y hora, y cuando ya me encontraba casi dormido...

—Ido...

—Paróse delante de mí una arrogantisima máscara, vestida con un elegante dominó, al través de cuyos largos pliegues se adivinaban las formas de una Juno...

—Uno...

—Os digo que era una real moza, y en cuanto á la comparacion, es la que soleis emplear vosotros...

—Otros...

—Por lo que respecta á la cara, podeis suponer que la llevaba cubierta con el antifaz; pero más tarde se la ví...

—¿Y?...

—Y puedo aseguraros que era una maravilla...

—Villa...

—¡Os lo juro por mi nombre!...

—¡Hombre!

—¡Vaya, no seais pesados! ¡Ó me oís con formalidad, ó me voy!...

—Hoy...

—Idos enhoramala. ¡Esto es insoportable!

—Hable...

—¿Lo estais viendo? Ya teneis que oirme sin rechistar. El eco mismo lo desea...

—Sea.

Rafael se levantó para irse; pero en aquel momento llegó el chocolate...

—Ahora puedes hablar todo lo que gustes, sin miedo de que te interrumpan el eco ni la rima. Al festin, señores; y ¡silencio!

Así dijo el más revoltoso de los vates, y Rafael, que se sentó de nuevo, continuó su historia en los términos siguientes:

VI.

Otros inconvenientes de la rima.

—¿Qué haces ahí tan solo?—me dijo la máscara.

—Aburrirme—le contesté, desperezándome.

—¡Qué lástima! ¡tan jóven y tan guapo, y ya te aburres!...

—Ahí verás. Las máscaras no me divierten.

—Muchas gracias.

—No lo digo por tí. Lo digo por el conjunto.

—Unto...—murmuró uno de los oyentes.

—¡Silencio!—gritaron los demas.

—Unto, digo, la tostada con manteca, la mojo en el chocolate, y continuó escuchando con mis cinco sentidos.

—¡Pues cuidadito!—Continúa, Rafael.—

Ya no puede perderse ni una coma de lo que está diciendo este bienaventurado.

Rafael continuó:

—Dame el brazo y pasearemos un poco— me dijo la máscara.—Mis amigas me han dejado sola, y yo también me fastidio...

Su severo disfraz, su mano, su tono, su aire y aquella alusión á sus amigas... todo me reveló desde luego que me las había con una persona decente. Así es que me apresuré á decirle:

—¡Ve lo que son las cosas! Desde que te llevo del brazo, ya no me aburro...

—¡Burro!—exclamó un poeta.

—¿Cómo se entiende?—gritó Rafael amostazado.

—Así se llama la manteca de vacas en italiano—replicó el vate.—¡Y como la estoy tomando en este momento, nada tiene de particular que la nombre!

—Yo miraré el Diccionario—repuso Rafael,—y si por casualidad *burro* no significa *manteca de vacas*, me darás una satisfacción.

—¡Para mí la quisiera!... Pero, en fin, procuraría que me la dieras á mí tú, y sería lo mismo.

—¡Paz, caballeros!—dijo otro.—Y por tu parte, Rafael, procura ser indulgente; pues un hombre que ha cenado langosta, bien merece la rechifla de los simples mortales. Prosigue, y no temas que estos bandidos te saquen el marisco del estómago. Ya lo habrás corrompido con tu inmundo contacto, y no nos aprovecharía de nada. Continúa, digo, joven opulento, y cuenta para todo con la punta de mi bota. Es la única arma que tengo por ahora, y esa se la debo todavía al zapatero.

Rafael reflexionó unos instantes... pero acabó por reírse, y prosiguió su tantas veces interrumpida historia, que ya corrió sin tropiezo alguno; pues los poetas comprendieron que la palabrilla italiana había agotado la paciencia del narrador.

VII.

El valor del dinero.

—Para no fatigaros os diré que aquella mujer me infundió al cabo verdadero respeto por la delicadeza, la timidez y la ex-

quisita educación de que me dió repetidas muestras.

Básteos saber que me costó grandes esfuerzos conseguir que cenara conmigo, lo cual prueba que no era una de esas lagartas que van á los bailes en busca de un *pagano*.

La cosa medió así.

Empezaba á aclararse el salón, lleno ántes de una compacta muchedumbre, y yo le dije á mi desconocida:

—¿No te parece que se van marchando muchas personas? Ya se pasea con más holgura...

—Es que á esta hora—me replicó,—hay un descanso (de dos á tres), durante el cual... acostumbran á cenar las gentes que no reparan en gastos...

—Pues ¿qué? ¿Están muy altos los precios del *buffet* este año?

—No sé... Yo no he cenado aún.

—¿Quieres cenar conmigo?

—No lo digo por eso...

—¡Ah, ya! ¡es que tienes que reunirte con tus amigas, y tal vez con algunos caballeros, para cenar todos juntos!...

—No: no tengo compromiso con nadie. Mis amigas cenarán sin mí, con unos franceses que he visto á su lado haciéndoles la corte...

—Pues entónces, cena conmigo...

—¡Oh! no... Es muy temprano todavía...—dijo, con una voz en que se revelaban la turbación y la cortedad.

Decididamente era una señora.

—Pues esperemos—repuse.—Aunque debo advertirte que voy teniendo hambre...

—Entónces, no lo dejes por mí... Vamos ahora mismo.

Dijo, con aquella dulzura de voz que tanto me enajenaba, y nos encaminamos al *buffet*.

A todo esto, no le había visto la cara, y quedábame el escozor de si sería fea; aunque no era de suponer, pues los ojos, la boca, la frente, el cabello, todo lo que dejaba traslucir el antifaz, resultaba de primer orden y brillante de juventud...

Por lo demas, hablábame en su voz, después de haberme confesado que no me conocía ni me había visto nunca, ni oído siquiera pronunciar mi nombre; todo lo cual

me pasaba á mí también con ella. Julia, me dijo que se llamaba, y que estaba casada; pero que su marido la había dejado por otra mujer, con quien vive en la California hace cosa de un año.

—Cuando Julia se quitó la careta para cenar, me quedé absorto ante su hermosura. Tendrá veinticinco ó veintiseis años; es morena clara, de rostro ovalado, con un ligero bozo á guisa de patillas, con los ojos, las cejas y las pestañas de azabache...

—¡Jesús, María y José!...

—Repito que de azabache.

—¡Dios te ayude!

—¿Y por qué me ha de ayudar?

—¿Pues no has estornudado dos veces?

—No, hombre: es que he dicho que tenía los ojos, las cejas y las pestañas de azabache...

—Pues ¡qué quieres! á mí me pareció esa palabra un estornudo. Perdona, Rafael.

—Estás perdonado, y prosigo; pues veo que la historia os interesa.

—¡Y mucho!

—Julia cenó admirablemente, con gran apetito, como una mujer (perdonadme la jactancia) que está contenta de su compañía... Así es que pidió langosta (como ya he dicho...) pavo trufado... perdices escabechadas... salmon... solomillo... pollos asados...

—¡Por compasión! ¡Basta de mitología! considera que nosotros estamos tomando la hiel y el vinagre de nuestra pobreza!... ¡No nos hables de nuestro pasado!...

—En fin—continuó Rafael, con un ardor que ya se sobreponía á las interrupciones;—con los vinos y todo, veinticuatro duros de gasto...

—¡Misericordia! ¡Un caudal!

—¡Veinticuatro duros! Precisamente la distancia á que estoy yo de mi pueblo!

—¡Precisamente lo que yo le debo al sastre!

—¡Precisamente lo mismo que yo hubiera gastado anoche en el *buffet* si los hubiera tenido!

—Prosigue, Creso, prosigue. ¡Húndenlos el puñal hasta la guarnición!

Rafael estaba resplandeciente de orgullo.

—Hablemos con formalidad—añadió.—
¿Necesitais dinero?

—¡Tentador, aparta!

—¡Corruptor! no sigas...

—¡Seducor! quítate de mi presencia!

—¿Necesitais dinero?

—Precisamente dinero... no. El dinero no se come, ni se bebe, ni se fuma... Pero en fin, acaba tu historia, y luego veremos si tienes la cantidad que necesitamos.

—¿Cuánto necesitais?

—Yo... diez y seis millones de onzas.

—Yo... tres reales para un cigarro puro de primera fuerza.

—Yo... dos cuartos para aquel pobre.

—¡Idos al diablo! No se puede hablar con vosotros.

—Continúa.

VIII.

Todo un caballero.

—Pues, señor; cenado que hubimos Julia y mi dichosísima persona, paseamos de nuevo por el salón.

Un poco antes de terminar el baile, me declaré á ella, diciéndole que la amaba; y ella me respondió con una ingenuidad encantadora: que yo también le gustaba mucho.

Preguntéle si me permitiría visitarla, y, como contestación, me dió una tarjeta de su casa, calle de Preciados, 29, 3.º; añadiendo en seguida:

—Si te parece, nos marcharemos ya.

Cuando los poetas oyeron las señas de la casa de Julia, miráronse en silencio y se pusieron muy graves.

Rafael no reparó en tal cosa, y continuó:

—Cuando gustes—le respondí á Julia

—La conduje, pues, hasta el guarda-ropa; saqué su abrigo; se lo puse; y, alargándole la mano, le dije:

—Señora, aquí no estamos ya en el baile de máscaras, y me veo privado del dulce placer de tutearle á V. Que V. descanse, y hasta que tenga el gusto de volver á verla..., que espero será muy pronto; pues, abusando de su amabilidad, tendré el honor de pasar mañana á visitar á V.

Aquella circunspección y finura con que traté á Julia, tan luego como salimos del templo de Momo, le llegó al alma; pues vi que se puso encendida como una amapola.

Luego se sonrió dulcemente, y me dijo:
—El caso es que está lloviendo, y necesito un coche... Si tuviera V. la bondad de buscar uno...

—¡Inmediatamente! ¡Inmediatamente!— exclamé.

Y salí á la calle; alquilé una berlina; volví por Julia; la conduje hasta el carruaje; le di la mano para que subiera á él, y en seguida, quitándome el sombrero, cerré la portezuela, y le dije:

—Señora... á los piés de...

—¡Bonitos tengo yo los piés, sólo de haber cruzado la acera, (me interrumpió la hermosa), y bonito se va V. á poner con el agua y la nieve que están cayendo! Vaya, no sea V. niño y éntre en el coche... ¿Para qué quiere V. buscar otro? ¡Demasiado dinero ha gastado V. ya por mi causa!

Y así diciendo, abrió ella misma la portezuela, y me miró con infinita ternura.

Yo accedí, creyendo no excederme en ello. Cualquiera en mi caso hubiera hecho lo mismo. Además su marido estaba en la California, y no era fácil que aquella determinación comprometiese á mi adorada.

—Preciados, 29,—le dijo ésta al cochero.

La berlina era estrecha; Julia es de muy buenas carnes, según noté al empaquetarme con ella en aquel vehículo, y por consiguiente, íbamos como recostados el uno sobre el otro.

Mi sangre ardia... Aquella mujer empezaba á trastornarme el juicio.

—¡Mira qué manos tengo, Rafael! ¡Completamente heladas!—exclamó poniéndolas sobre las mias.—¡Hombre!... ¡Y qué calentitas las tienes tú!...—Pero ¡calla, pues no estoy tuteándole á V. como si nos halláramos todavía en el baile!

—Eso se explica... No se apure V. por eso... Como me ha estado V. tuteando toda la noche, nada tiene de particular que se equivoque ahora.

Julia retiró sus manos de las mias, ruborizada y trémula como nunca.

Lo que más me encantaba en aquella mujer eran sus repentinas llamaradas de rubor.

Llegamos á la puerta de su casa; bajé del

coche; llamé al porton (tres y repique); abrieron; ayudé á bajar á Julia, y, quitándome el sombrero otra vez, le dije:

—Julita (reparareis que ya no la llamé señora): Julita... hasta mañana...

—Pero ¡hombre de Dios!—exclamó Julia con admirable franqueza y riéndose á carcajadas.—¿A dónde va V. á estas horas? Su casa de V. estará cerrada... Suba usted. La criada me tendrá la chimenea encendida, como se lo previne... Haremos té, si usted quiere... y en fin, esperaremos á que amanezca... ó á que anochezca—que para mí todo es lo mismo!

—¡Cuánta bondad!—tartamudeé, ofreciéndole el brazo para subir la escalera.—Ya ve V. que la obedezco... ¡Es V. un ángel!

—¡Gracias á Dios!—exclamó Julia, dando muestras de una alegría verdaderamente infantil.

Y sacudió sobre mi cara el pañuelo de la mano con la más encantadora familiaridad.

Ya veis que hacia progresos en su corazón.

—Pocos hombres he conocido tan desconfiados como tú...—añadió luego aquella incomparable criatura.

—Se ha vuelto V. á equivocar y á tutearme—exclamé muerto de risa.

Julia se sofocó de nuevo y no respondió una palabra.

—¿Por qué me dice V. desconfiado?—añadí.

—Por nada—balbuceó lentamente.—Sin embargo, bien pudiera V. ser un tunante de siete suelas...

—¡Señora!

—Perdone V.—A estas horas, después del jaleo del baile, no sabe una lo que se dice.

Todo esto ocurrió en la escalera, en presencia de la criada, que alumbraba con una capuchina.

Porque todavía no había amanecido del todo.

IX.

Tal para cual.

Llegamos á su cuarto, adornado por cierto con una modesta coquetería llena de buen gusto; hízome sentar á la chimenea,

que en efecto se hallaba encendida, y le dijo á la criada:

—Trae aquí todo lo necesario para hacer té, y acuéstate descuidada.—Hoy no almuerzo.

Miéntras la criada llevaba los chismes del té, Julia se retiró unos minutos, al cabo de los cuales volvió completamente trasformada, ó sea vestida de piés á cabeza de diferente modo que habia estado en el baile. Una bata escocesa de lana caía á todo lo largo de su hermoso cuerpo; una graciosa gorra blanca recogía su despeinada y mal liada cabellera, y unos elegantes chapines de terciopelo encerraban sus menudos piés.

Estaba encantadora.

—Me parece mentira—dijo, atizando la lumbre,—que me haya quitado toda aquella vestimenta. ¡Oh, tengo las piernas heladas!

Y, hablando así, se levantó, apoyó una mano sobre mi hombro, y metió alternativamente sus piés casi dentro de la chimenea.

La chimenea era de cok.

Reinó un minuto de silencio.

—Hagamos el té!—añadió en seguida, dando un suspiro.

Y miéntras lo hacia, tarareaba.

Yo pensaba entre tanto en la envidiable felicidad á que habia renunciado el esposo de aquella divina mujer, y jurábame á mí mismo no omitir medio alguno de llegar á ocupar su puesto, aunque fuera ilegal y transitoriamente. ¡Necesitaba que Julia fuese mia á todo trance! Por un beso suyo hubiera dado en aquel momento la mitad de mi fortuna.

—Tengo que confesarme con V. de un pecadillo—díjome de pronto, interrumpiendo su tarea.—Yo no soy casada: soy soltera... pero no tengo familia en Madrid, y por el buen parecer, suelo decir que mi marido está en la California...

—¡Pobre señorita!—exclamé, verdaderamente conmovido.—¡Conque vive V. sola en Madrid!

—Sí, señor D. Rafael,—contestó ella, presentándome la taza y el azucarero, y haciéndome un mohín delicioso.

—¡Soltera! ¡vírgen! ¡inmaculada!—exclamé dentro de mí.—¡Oh, qué felicidad!

Ella me ha dicho en el baile que le parezco bien... Por consiguiente, me será fácil conquistar su corazón, hacerla mia, poseer su intacta y peregrina belleza.

—¿En qué piensa V.?—me preguntó la jóven dulcísicamente, miéntras me llenaba de té la taza, y mirándome de hito en hito, como queriendo leer en mi pensamiento.

Yo no le contesté al pronto... Pero estaba decidido, resuelto, pronto á cometer todo género de disparates.

—¡Será mia,—me dije,—ó pereceré en la demanda!

Tomé, pues, el té á toda prisa; me levanté; cogí el sombrero, y le hablé de la siguiente manera:

—Julia: no puedo más... Me voy. Pero ántes de veinte y cuatro horas estaré aquí y le diré á V. todo lo que siente mi corazón...

—Pero, hombre, dígamelo V. ahora mismo,—exclamó ella con un candor indescriptible.

—No es esta ocasión de largas conferencias,—repliqué.—V. estará cansada...

—¡Cá! ¡no! ¡de manera alguna!... Yo acostumbro á dormir más de día que de noche... Confieso que me acostaré con mucho gusto; pero no tengo pizca de sueño...

—Tambien estoy yo fatigado...—continué.

—¡Pues quédese V. aquí!—me interrumpió ella.—¿A dónde va V. á estas horas?

—¿Cómo quedarme aquí?

—¡Quedándose! ¿No se lo digo yo á V.?

—Muchísimas gracias... Es V. muy buena.

—No hay bondad que valga...

—Sin embargo... yo no puedo aceptar...

—¿Por qué?

—Porque será abusar de la amabilidad de usted... Yo me iré al Suizo. Estas noches de máscaras no lo cierran á ninguna hora.

—Pero mire V. que para mí no es incomodidad ninguna...—insistió ella con un *sans facon* lleno de gracia.

—¡Oh! Seria una imprudencia de mi parte...—repliqué yo con igual franqueza.—¿Cómo quiere V. que yo permita que á estas horas se meta V. en el jaleo de ponerme una cama?... ¡Yo sé lo que son casas!...

Este último rasgo mio, que denotaba toda la prudencia de mi carácter y todas las previsiones de mi amor, le hizo á Julia un efecto extraordinario.

—¡Vaya V. con Dios, hombre! ¡Vaya usted con Dios!...—exclamó de una manera indescriptible.—Tiene V. razon que le sobra...

Yo me permití besarle la mano que me tendió, y salí de su casa, loco de amor y de deseos.—En dos saltos he atravesado la Puerta del Sol y la calle de Alcalá, y aquí me teneis, oh amigos, resuelto firmemente á conquistar á Julia, aunque para ello necesite hacerla mi esposa.—Mañana mismo pasaré á visitarla, y si veo que se resiste á mi amor, le ofreceré mi mano, y en paz!—¿Qué os parece mi aventura?

Los seis poetas se miraron en silencio, no bien dejó de hablar Rafael; y, como si con aquella mirada se hubieran comunicado sus respectivas ideas y llegado á un acuerdo, levantáronse sin hablar palabra; quitáronse el sombrero hasta los piés; saludaron reverentemente al mayorazgo, y abandonaron el café con la gravedad más cómica del mundo.

Rafael se quedó atónito, con la boca abierta y la baba caída, viéndolos marchar, sin comprender ni remotamente aquella muda pantomima de los seis hijos de las Musas.

Así permaneció una hora, durante la cual fué una lástima que no lo hubiesen retratado.

—¡Envidiosos! —exclamó al cabo de aquel tiempo.

Y se dirigió á una librería, donde compró un Diccionario italiano-español.

«BURRO (decía aquel libro)—s. m. *Manteca de vacas.*»

Rafael respiró como si se quitara un gran peso de encima.

X.

Epílogo.

Quince dias despues se verificó el enlace de Rafael y Julia.

Durante aquellos quince dias, los poetas no vieron ni una sola vez al mayorazgo,

que (dicho sea entre paréntesis) no volvió jamás al café Suizo...

Pero cuenta la fama que, cuando los nobles hijos de Apolo recibieron la noticia de aquel casamiento, se alegraron de no deberle ningun favor á Rafael, y sintieron muchísimo deberle algunillos á Julia...

—¡Tal para cual!—dijo uno de los vates.

—¡Nos libramos de él para siempre!—añadió otro.

—Decididamente—observó Segismundo;—aunque carecemos de metales preciosos, no estamos en el caso de envidiar á Rafael.

—Pues, mira—dijo Borcivogo;—con el tiempo lo envidiarán muchas gentes...

—¿Por qué?

—¡Porque será ministro!—Pretislao, Ladislao, Premislao y Sobrislao asintieron con la cabeza.

—Pues, en ese caso—replicó Segismundo,—tambien lo envidiaré yo; pero será por otra cosa.

—¿Por qué?

—Porque es tonto, y un ministro tonto debe de ser más feliz todavía que un poeta *sin un cuarto.*

1874.

P. A. DE ALARCON.

INFORMACIONES DE LAS CALIDADES DE DIEGO DE SILVA VELASQUEZ

APOSENTADOR DE PALACIO Y AYUDA DE CÁMARA DE SU MAJESTAD,
PARA EL HÁBITO QUE PRETENDE
DE LA ÓRDEN DEL SEÑOR SANTIAGO.

(Conclusion.) *

Auto.

En dicha ciudad de Sevilla en quince dias del mes de Febrero de dicho año fuimos en casa de D. fernando Suarez de Urbina escriuano mayor del Cauildo de esta ciudad y le pedimos nos hiciese patentes todos los papeles y libros en que acuerda el dicho Cabildo se buelva la Blanca de la carne a los hijosdalgo y habiendonos enseñado y Reconocido algunos libros en que se Ponen estos acuerdos hallamos entre otros uno encuadernado en pergamino que se empieza en siete de Julio de mil y seiscientos Años y empieza=libro de la ymposicion de la carne=y tiene 96 fojas y a la sep-

* Véanse los números 20, 21, 22 y 27, páginas 39, 80, 105 y 275.

tima del dicho libro esta Vna partida que a la margen de ella dice=peticion de Juan Velazquez=y el acuerdo de la Ciudad es del thenor siguiente: lei la peticion de Juan Velazquez en que pide se le buelva la Blanca de la Carne como cauallero hijodalgo notario y dio fe Bernardo de Bonilla portero que llamo a cabildo=todos que se la buelva como lo pide=y en el dicho libro en el folio 61 buelto esta otra partida que es como sigue=lei la peticion de Andres de Buen Rostro en que pide la imposicion de la carne como cuallero hijo dalgo notorio de sangre=todos que se le buelva como la pide=y parece se hizo este cabildo en 13 de Febrero de 1609=el qual dicho libro empieza en el año de 1596 y acaba en el de 1613. Y en otro libro enquadernado asi mesmo en pergamino empieza y tiene por titulo, libro de la imposicion de la carne que se manda bolber al estado de la nobleza desde miercoles 19 de Junio de 1613, tiene 292 fojas y en la 33 ay una Partidade al tenor siguiente que en la margen della dice peticion de Diego Rodriguez de Silua=lei la peticion de Diego Rodriguez de Silba en que pide la ymposicion de la Carne como hijo dalgo notorio de Sangre a Razon de tres libras cada dia y el paracer que sobre la dicha pretension dan los señores diputados de hidalguias e los licenciados branlancia y Enrique duarte, letrados de la Ciudad y diofe Fernando de Bocanegra que a llamado a Cabildo para este negocio y son dadas las nuebe=todos que se bote por botos secretos si se bolbera o no esta ynposicion de la carne que pide y si saliere de si, se le buelva como la pide por la orden e luego se boto secreto y se contaron los botos y estaban yguales con los capitalantes e luego su señoria el Sr Conde asistente dijo que es en que se le buelva la dicha ynposicion como la pide e luego se regularon los botos y salio que se le buelva con todos los botos y el deel señor Asistente menos un boto que Vbo de no. Y en el dicho libro fojas 168 ay otra partida que dice asi=lei la peticion de Juan Rodriguez de Silba hijo legitimo de Diego Rodriguez de Silba en que pide la ynposicion de la Carne a Razon de tres libras cada dia que jura hauergastado de las carnerias publicas desta ciudad, como hijo dalgo notorio de sangre segun y como se le bolbio al dicho su padre=todos que se buelva como la pide y se le bolbia a el dicho su padre: y a la margen desta partida dice peticion de Juan Rodriguez de Silba=las quales dichas partidas concuerdan con sus originales a que nos Remitimos y lo firmamos=y con esta misma Conformidad y forma estan todas las demas partidas de dichos dos libros y los demas hijos dalgo a quien se a buelto la Blanca de Carne.

Fernando Antonio de Salcedo. Diego Lozano Villaseñor.

Auto.

En dicha ciudad de Sebilla dicho dia mes y año pedimos a D. fernando Suarez de Urbina escribano mayor del cabildo de esta Ciudad y en quien paran los libros de los aquerdos de ella como uno de los dos escribanos mayores que tiene dicha Ciudad, nos entregue originalmente los dichos dos libros que contiene el auto antecedente para llevarlos a el consejo Real de las ordenes, porque estamos haciendo un negocio del Serbicio de su Magestad, de los quales libros citamos prestos de dalle Recibo y en Vien de los señores presidentes y oydores del dicho Consejo se le bolberan, por quanto son necesarias para prueba de la nobleza de Diego Rodriguez de Silua y Juan Rodriguez de Silua padre y abuelo paternos del pretendiente y de Juan Velazquez su abuelo materno y de Andres de Buen Rostro padre de Doña Catalina de Cayas abuela materna del dicho Diego de Silua Velazquez pretendiente y habiendole hecho notorio lo que contiene el auto Dijo questos libros son el despacho ordinario de el Cabildo y en ellos ay muchas partidas aqui en esta ciudad buelbe la Blanca de la Carne a diferentes personas, que cada dia se ofrece dar testimonio dellas y que de entregarlos se sigue mucho perjuicio a las partes por lo qual no los pueden entregar origenes y que esta presto de dar el testimonio o testimonios de las partidas que le pidieremos: esto dio por su respuesta y lo firmo.

Fernando Antonio de Salcedo.

Diego Lozano Villaseñor.

Fernando Suarez de Urbina.

Auto.

En la ciudad de Sebilla dicho mes y Año habiendo Visto su Respuesta notificamos la Cedula de su Magestad y decreto del Real consejo de las Ordenes y pedimos que sin embargo de dicha Respuesta nos de y entregue los dichos libros por quanto son necesarios para el Serbicio de su Magestad con apercibimiento que nos detendremos por su cuenta y ser por ella los Salarios de nuestra comision y las demas penas que pareciere al Real Consejo de las ordenes pusimos lo por auto y lo firmamos

Fernando Antonio de Salcedo.

Diego Lozano Villaseñor.

y habiendolo hecho notorio el auto antecedente y Requerido con el Respondio lo que tiene dicho y lo firmo.

Fernando Suarez de Urbina.

Auto.

En la ciudad de Sebilla dicho dia mes y Año habiendo Visto su Respuesta le ordenamos nos de un testimonio autorizado en bastante forma de las partidas que contienen dichos libros es asaber=de la de

Juan Velazquez, Andres de Buen Rostro, Diego Rodriguez de Silba y Juan Rodriguez de Silba que son los que hemos menester y para el efecto que pedimos dichos libros yban compulsadas afojas pusimos lo por auto y lo firmamos.

Fernando Antonio
de Salcedo.

Diego Lozano
Villaseñor.

Auto de acuar esta ynformacion.

En dicha ciudad de Sevilla en diez y seis dias de dicho mes y Año auendonos entregado D. fernando Suarez de Urbina el testimonio que se menciona en el auto antecedente que ba al fin de esta ynformacion y abiendo examinado en ella ciento y quarenta y ocho testigos en escrito sin otros muchos en Voz, nos parecio dar por concluida esta ynformacion y tratar de hacer el ynforme la qual dicha ynformacion ba en ciento y ocho foxas sin el testimonio del escribano y el ynforme pusimoslo por auto y lo firmamos.

Fernando Antonio de Salcedo.

Diego Lozano Villaseñor.

En el Consejo a 26 de Febrero de 1659 los Señores Presidente el Marques de Tabara y Señores Don Juan de estrada D. Antonio de riaño D. Fernando de Arze D. Juan de Arellano habiendo visto estas pruebas de las calidades de Diego de Silva Velazquez pretendiente del abito de Santiago natural de Sevilla digeron que en quanto á la limpieza de sangre, y linaxes la aprobaban y aprobaron y en quanto á las noblezas de Doña Maria Rodriguez abuela paterna del pretendiente y las de Juan Velazquez y Catalina de Zaias abuelos maternos las reprobaban y reprobaron por no estar plenamente probadas conforme los establecimientos de la orden, y en quanto a la nobleza de su baronia mandaron que litigase y traiga su carta ejecutoria al Consejo, y lo firmaron (1).

Fray Juan de Masani
y Soussa

Licenciado Don Juan de Estrada
y Manrique

Licenciado Antonio de Riaño y
Salamanca

Licenciado Don Fernando de
Arce y Davila

D. Juan de Arellano.

(1) Antes de que los caballeros de la Orden, comisionados para estas informaciones hubiesen hallado en el libro del cabildo de hijos dalgos de Sevilla, la prueba de la *blanca de la carne* que demostrara la hidalguía de doña María Rodríguez, D. Juan Velasquez y doña Catalina de Zayas, tropezaron estas pruebas con el inconveniente aquí daclarado. Esto y no otra cosa pudo haber dado origen á la falsa tradicion de que Felipe IV hubo de dispensar á Velasquez algun requisito para alcanzar el hábito de Santiago, pues las informaciones están muy limpias y no demuestran cosa alguna que decidiera al Rey á gracia especial. A continuacion del mencionado tropiezo de las informaciones, se halla el auto en que dicen los mismos señores del Consejo, que tienen por bastantes las pruebas de hidalguía que faltaban.

Poco más de un año gozó Velasquez de la merced de este hábito que supo llevar con tanta honra, aunque con muchísima más gala que su compañero D. Pedro Calderon de la Barca.

En el Consejo a 2 de Abril de 1659 los señores y el marques de tabara presidente del Consejo y señores D. Juan de estrada D. Antonio de riaño Don Fernando de Arce D. Juan de Arellano habiendo auto con testimonio que presento Diego Velazquez de que se le havia buuelto la blanca de la carne en la Ziudad de Sevilla dijeron los tenian por bastantes para abrir este juicio y lo rubricaron.

Hay cuatro rubricas.

Memoria de los dias que nos hemos ocupado en estas pruebas de Diego de Silua Velasquez para el habito que pretende de la orden de Santiago.

DIAS.

Salimos de la Villa de Madrid á 20 de Octubre de 1658 para la de Monte Rey: adonde ay nouenta y seis leguas: tardamos en el camino doce dias como consta del auto que ba en estas pruebas foxas

012

En dicha Villa de MonteRey y en los lugares de Verin y Pazos examinamos 35 testigos hasta el dia 10 de nouiembre que son diez dias desde el primero de nouiembre como parece del auto destas foxas

010

El dia once de dicho mes de nouiemure partimos a la ciuda de Tui adonde ai Veinte y ocho leguas en que tardamos seis dias por las razones que contiene el auto que Va foxas 21 buelta

006

En dicha Ciudad de Tui examinamos 36 testigos en que examinamos digo tardamos desde el dia diez y seis de nouiemure hasta el 25 que son nueue dias

009

Y desde el 26: hasta el 28 que son tres examinamos 7 testigos en la Villa de Vigo y anduimos desde la Ciudad de Tui a dicha Villa quatro leguas que son tres dias

003

Desde la Villa de Vigo a la de Madrid que ai ciento y treinta y quatro leguas gastamos Veinte y vn dias desde el 29 de nouiemure Inclusive hasta el 19 de Diciembre Inclusive como consta del auto del folio 39

021

En la Villa de Madrid examinamos 24 testigos e hicimos otros autos como consta de los autos del folio 39 y 43 en que gastamos desde el dia 20 hasta el 28 que son nueue dias

009

Desde la Villa de Madrid a la Ciudad de Seui-lla tardamos once dias ay ochenta y tres leguas desde el dia 21 de henero de 1659 hasta el dia 31 de dicho año

011

Empezamos actuar en la Ciudad de Seui-lla en primero de Febrero de dicho año de 1659 hasta el 16 en que examinamos 50 testigos y sacar la fee del baptismo del pretendiente, Pedir y sacar los papeles del cauldo de la Ciudad

y hacer autos en Razon de no quererlos entregar orixinales, señalar el testimonio que nos hauia de dar de ellos hacer el ynforme que son diez y seis dias como consta de los autos destas pruebas _____ 016

Desde esta Ciudad de Seuilla hasta la Villa de Madrid once dias de buelta porque ay ochenta y tres leguas los quales contamos al pretendiente al Respecto de la venida a esta Ciudad De Recibir los papeles y sacar libramiento del Señor Presidente para que nos dieran dinero e ir a Reciuirlo al deposito Vn dia _____ 001

De buscar mulas y auio para ir a Galicia otro dia _____ 001

De buelta a Galicia para actuar en Madrid y Venir a Seuilla Vimos al Señor presidente para que nos librase mandamiento y de ir a sacar del deposito y de buscar mulas para partir a Seuilla otro dia _____ 001

De estar en Seuilla detenidos el dia 17 y 18 por causa de quedar malo mi companero desde el dia 16 hasta el dia 18 en que cerramos estas pruebas dos dias y si pasare el mal adelante se contara al pretendiente lo que nos detuuiere-mos en esta Ciudad por esta Causa _____ 002

Montan los dias de esta ocupacion de ambos ciento y trece dias _____ 113

Yo el licenciado Lozano quento ocho dias mas de ir a la Villa de Madrid donde fui llamado por carta del Señor presidente y de Vuelta a su Veneficio de la Solana desde donde ay 30 leguas a dicha Villa de Madrid la qual carta presento con el poder que Remito para la cobranza de dicha ocupacion por manera que montan los dias que yo he de hauer 121 dias y mas treinta y dos reales de papel sellado del primer pliego y Vltimo y lo firmo y mi Compañero.

Fernando Antonio
de Salcedo.

Diego Lozano
Villaseñor.

Por mandado de V. A. hemos hecho las pruebas de Diego de Silua Velasquez para el hauito que pretende de la orden de Santiago—En la Ciudad de Seuilla donde son las naturalezas del pretendiente padres y abuelos Maternos examinamos—50 testigos en escrito sin otros muchos en Voz que todos Concuerdan en que tienen los dichos las calidades de ligitimidad limpieza y Nobleza y las demas que pide el Interrogatorio: fundan la limpieza en la comun Estimacion que hauido y ai de la familia del pretendiente sin hauer oido cosa en contra della y la Nobleza en que á Juan Rodriguez de Silua Padre del pretendiente y Juan Velasquez su Abuelo materno les voluio esta Ciudad la Blanca de carne que es la Distincion y acto que ai en ella entre los Nobles y los que no lo son tamuien: dice que gozo della Andres de Buen Rostro y que este fue padre de Doña Catalina de Çayas muger del dicho

Juan Velasquez y abuela materna del dicho pretendiente. Remitense los testigos a los libros del Cabildo adonde dicen constara lo que deponen los quales Vimos y en uno que empieza en siete de Julio del año de 1600 estan Juan Velasquez y Andres de Buen Rostro y en otro libro que parece se empezo el año de 1613 estan Diego Rodriguez de Silua y Juan Rodriguez de Silua puestos en la Blanca de la carne: como consta mas por menor del auto que empieza desde el folio 105 buelto acua en el 106 lo qual ua tamuien al fin de los autos por testimonio del escribano del Cabildo desta Ciudad por no auernos querido entregar los dos libros orixinales como parece de los autos de las foxas 107 Diego Rodriguez de Silva y Doña Maria Rodriguez segun la Genealoxia parece ser Abuelos paternos del pretendiente y naturales de la Ciudad de oporto en el Reyno de Portugal que por mandado de V. A. senos ordeno se hiciese esta parte en los confines y se señalaron a la Villa de MonteRey y es la Ciudad de Tui para hacer aueriguacion de las naturalezas y calidades de los dichos Abuelos paternos y en dicha Villa de MonteRey y en el lugar de Berin y en el de Pazos que estodo de una jurisdiccion y conxuntos Un lugar con otro y con dicha Villa de MonteRey y en dicha ciudad de Tui examinamos 75 testigos con los de la Villa de Bigo y los de la de Madrid que los trece dellos dan noticia de dichos abuelos y deponen en fauor de sus cualidades con distincion y los demas califican los apellidos por nobles los de Vigo, Cito el testigo 59 como parece por su declaraciin del folio 30 y los de Madrid el testigo 49 los quales empiezan desde el folio 39 a la buelta desde el testigo 76 hasta el 81 folio 42 a la buelta: estos dicen ser el pretendiente nieto de los dichos Diego Rodriguez de Silua y Doña Maria Rodriguez y que fueron naturales de la dicha ciudad de oporto y nobles hijos dalgo y de las demas calidades que pide el establecimiento—y en la dicha Ciudad de Seuilla todos los examinados en ella dicen Vno de dicha Ciudad de oporto á esta y en ella Vinieron con mucha estimacion de hixos dalgo y como atal al dicho Diego Rodriguez de Silua se le boluio la Blanca de la carne de esta Ciudad tamuien dicen que no tuuo oficio Vil ni mecanico ni dicho su hixo Juan Rodriguez de Silua Padre del Pretendiente ni Juan Velasquez su abuelo materno y lo aseguran con hauerlo oido decir y con hauer conocido al dicho padre del pretendiente Viuir de su hacienda y Vienes y algunos a los dichos abuelos paternos y Maternos y que el pretendiente el tiempo que Vivio en Seuilla no tuvo oficio de los contenidos ni otro alguno ni exercitado el arte de Pintor teniendole por oficio porque nunca tubo tienda ni aparador publico ni fue examinado como los demas que lo tienen que lo a Usado por hauer gusto y obedecer a S. M. para adorno de su Real Palacio y en esto conuienen 24 testigos que examinamos en la Villa de

Madrid y 50 en esta dicha Ciudad de Sevilla y todos concuerdan en que habra 36 años poco mas o menos que salio della para dicha Villa de Madrid donde ha viuido portandose con lustre y Porte de Hombre Principal y el testigo 29 que ba al folio 41 en su deposicion dice que Diego Rodriguez de Silua abuelo paterno del pretendiente en dicha ciudad de oporto exercio el oficio de Beredor el qual solo le tienen los hombres nobles hixos dalgo y juntamente fué cofrade de la Cofradia de la Misericordia que ai en dicha ciudad de oporto donde no son admitidos sino los que son tales hixos dalgo. Bautizose el Pretendiente en la Collacion de San Pedro desta Ciudad el año de 1599 años como parece del auto del folio 103 Sevilla y Febrero 18 de 1659 años.

Fernando Antonio
de Salcedo.

Diego Lozano
Villaseñor.

G. CRUZADA VILLAAMIL

LOS HABITANTES DE NUEVA ZELANDA.

Descubierta por Tasman el 13 de Diciembre de 1642, olvidada y como perdida durante más de un siglo, encontrada de nuevo por Cook en 6 de Octubre de 1769, Nueva Zelanda fué durante largo tiempo desdeñada por los europeos. Algunos pocos navegantes siguieron el camino descubierto por los citados marinos, y los balleneros explotaron despues aquellos parajes, siendo sus relaciones con los habitantes no interrumpida serie de combates, luchas y recíprocas traiciones.

En 1814 algunos misioneros pusieron la planta en aquellas lejanas tierras; pero en vez de llevar la paz, parece que su llegada fué señal para que redoblasen las violencias. Los indígenas asesinaron muchas tripulaciones, y las represalias fueron sangrientas.

En 1824 se verificaron las primeras conversiones debidas á los esfuerzos de los misioneros wesleyenses; estableciéronse algunos centros de colonizacion, y la influencia europea empezó á extenderse. La introduccion de la imprenta data de 1834, y hoy existen grandes ciudades que rivalizan con las nuestras, construidas en las playas y reemplazando á los *pahs* feudales de los arikis. El comercio es tan activo como en nuestros puertos. Abundan allí los periódicos. Todas las asociaciones que existen entre nosotros tienen allí representantes; y la ciencia, alma de la moderna civilizacion, cuenta muchas sociedades.

Para activar y coordinar los esfuerzos de estas últimas, la legislatura local decretó en 1867 la fundacion de un *Instituto de Nueva Zelanda*, en Wellington City.

Veamos lo que las *Transactions* del nuevo Instituto nos dicen acerca de los habitantes del país, los Mao-

ris. Dos artículos están dedicados á este asunto: uno debido á Mr. Shortland (1) es muy corto, y tiene por objeto reasumir las tradiciones más antiguas de los neo-zelandeses sobre sus orígenes, subdivision en tribus y sus ideas cosmogónicas. El segundo, escrito por Mr. Colenso, es una extensa Memoria, ó mejor una historia sucinta, pero casi completa, de la raza humana local (2).

En estilo habitualmente conciso, casi aforístico, el autor resume la mayor parte de los hechos esenciales publicados por sus antecesores, añadiendo gran número de observaciones personales. Este trabajo comprende seis capítulos, repartidos y divididos de un modo metódico. Mr. Colenso examina sucesivamente los caracteres que llama fisiológicos, individuales y sociales, las manifestaciones psicológicas y filosóficas; cuenta la historia antigua y moderna de los Maoris, y procura prever la suerte que les espera. No pueden aceptarse todas las opiniones de este escritor, y á veces se reconoce que descansan en errores há largo tiempo refutados; pero su Memoria será siempre uno de los mejores trabajos que pueda consultar quien quiera formar justa idea de la poblacion neo-zelandesa indígena.

Por lo dicho puede comprenderse que el artículo de Mr. Colenso es muy difícil de analizar, y me limitaré brevemente á extractar algunas páginas, á demostrar las consecuencias de varios hechos afirmados por el autor y á discutir algunas de sus teorías.

Confirmando en este punto lo dicho por antiguos viajeros, Mr. Colenso hace constar la variedad de facciones, de color y de cabello entre los Maoris de más pura sangre. Ya nos habian informado sobre este punto los retratos que poseemos, y hecho deducir que el conjunto de la poblacion tenia diversos elementos antropológicos. El tipo blanco se presenta á veces de un modo neto, y la influencia de la sangre negra no es ménos fácil de reconocer entre algunos de ellos. El estudio osteológico confirma alguna de estas apreciaciones, y los cráneos de la coleccion del Museo no dejan duda alguna sobre este punto. Estas mezclas explican el color, á veces tan blanco como el de los europeos, á veces casi negro, y sus cabellos, ordinariamente ondulados, en tanto lacios, en tanto muy rizados, que diversos viajeros describen (3).

Los Maoris tenían una constitucion robusta y muy

(1) *Short Sketch of the Maori races*, by Edward Shortland, Esq., *Transactions*, tomo 1, *Essays* núm. 9.

(2) *On the Maori races of New-Zealand*, by William Colenso, Esq. F. L. S., *Transactions*, tomo 1, *Essays* núm. 10.

(3) Sólo el grabado xx de la obra de Hamilton Smith (*Natural history of Man*) presenta en este punto un contraste notable é instructivo. La figura 1.^a es el retrato de Té-Kewiti, gran jefe, evidentemente de la sangre más pura polinésica. La figura 2.^a es la de un Maori de rango inferior, venido á Europa expresamente con objeto de adquirir semillas propias para enriquecer su patria. Se ven en él claramente los signos del mestizo.

pocas enfermedades, siendo éstas casi las mismas que los demas polinesios. Su terapéutica se reducía en general á las ceremonias con que los sacerdotes pretendían curar la dolencia. Medicinaban, sin embargo, los reumatismos con fuertes baños de vapor; y los que vivían no léjos de fuentes termales y sulfurosas, tan abundantes en Nueva Zelanda, habían sabido reconocer la eficacia de estas aguas para combatir las afecciones reumáticas y algunas enfermedades cutáneas.

En Nueva Zelanda, como en otros muchos puntos, el contacto de los indígenas con los europeos parece que ha desarrollado el gérmen de mortíferas epidemias. En los primeros años de este siglo una de estas plagas mató las tres quintas partes de la población al Sud de la isla septentrional, y en muchas aldeas ó tribus secundarias sólo dejó uno ú dos supervivientes. Esta es una de las causas de la disminución de la raza que, entregada á sí misma, se hubiera de seguro multiplicado con una rapidez que explican ciertas particularidades fisiológicas. Entre los Maoris la pubertad se manifestaba de once á doce años; las mujeres eran muy fecundas, y podían ser madres hasta los cuarenta años.

Al principio del capítulo consagrado al género de vida de los Maoris, M. Colenso escribe esta significativa frase. «En las costumbres de la vida diaria eran industriosos, arreglados, limpios y morigerados.» Enumera en seguida los trabajos á que se dedicaban los hombres y las mujeres; los diversos medios empleados en la caza y pesca; los cuidados con que cultivaban algunos vegetales; el suplemento alimenticio que sacaban de diversas especies de árboles y de plantas salvajes.

Es sensible que, á propósito de estos detalles sobre la alimentación, el autor no haya tratado la interesante cuestión de si son contemporáneos el hombre y las grandes aves brevipeñas, cuyos restos tanto han admirado todos los paleontólogos europeos y que reemplazaban, por decirlo así, á los mamíferos en Nueva Zelanda. El autor parece indicar en una corta frase que subsiste la duda. Un trabajo de Mr. Mantell la hubiera resuelto, pero desgraciadamente las *Transactions* dan de él un extracto muy pequeño (1). No es ménos interesante saber el estado de la cuestión de los *moas*, según los sabios que están en mejores condiciones para examinarla.

Estos *moas* eran aves semejantes al avestruz, bajo el punto de vista de que andaban y no volaban, pero ciertas especies tenían un tamaño muy superior á la de los avestruces. El eminente geólogo de la expedición de la *Novara*, Mr. Hochstetter, fundándose en sus investigaciones y observaciones personales, ad-

mite que cierto número de especies, hoy extinguidas, han vivido al mismo tiempo que el hombre, siendo por éste exterminadas, y considera que la aparición y el desarrollo de la antropofagia nace de su exterminio (1). Mr. Mantell acepta que el hombre y ciertas *moas* hayan sido contemporáneos; pero, apoyándose en los resultados de las excavaciones hechas en antiguísimas tumbas, deduce que, al ménos en la isla del Norte, el canibalismo ha reinado en época en que dicha fuente de alimentación no ha sido agotada. Cree que el exterminio de estas preciosas aves ha debido ser próximo á la llegada de los Maoris á Nueva Zelanda. Se ha hallado, sin embargo, en el Otago un esqueleto al que estaba aún adherido una parte de los tegumentos y de las plumas. En fin, Mr. Mantell ha hecho constar que ha encontrado mezclados á osamentas de *moas*, instrumentos y diferentes utensilios de los que emplean los Maoris actuales. Esta observación promueve una cuestión de que más tarde nos ocuparemos, la de la existencia de dos razas que sucesivamente han ocupado á Nueva Zelanda, ántes de la llegada de los europeos.

Volvamos á los Maoris. Los diversos trabajos en que se ocupaban, los tenían severamente reglamentados. Por lo comun los hombres y las mujeres ejecutaban separadamente sus respectivos trabajos, y los que reunían á toda la población tenían carácter sagrado; pero es digno de notarse que, entre los Maoris, no se permitía que hubiera desocupados ó vagos: todos sin distinción trabajaban; los jefes más nobles al lado de sus esclavos, sobre todo en la agricultura, considerando que el nombre con que se enorgullecían obligábalos también á hacer en todo más y mejor que los demas.

Si nuestras aristocracias europeas hubieran pensado y trabajado como esta nobleza, considerada salvaje, en todas partes hubiesen conservado su influencia y su rango.

Mr. Colenso da sobre la arquitectura, ornamentación y mueblaje de las habitaciones, detalles que resumen y completan lo que ya se sabía, insistiendo con razón en las particularidades más notables de su *marina* de guerra, de pesca y de transporte, nombres que pueden emplearse bien al hablar de Nueva Zelanda. Las descripciones hechas por Cook y sus sucesores lo habían demostrado de largo tiempo atrás. Referiré sólo un detalle de los de Mr. Colenso. Dice que las *wakounua* (canoas dobles) fuertes y sólidas de los antiguos Maoris apenas las conoce de nombre la

(1) *New-Zealand* (traducción inglesa), cap. ix. El autor resume en este capítulo los trabajos de sus antecesores y los suyos propios sobre ese notable grupo que sólo está representado en Nueva Zelanda por tres ó acaso cuatro especies de *Apteryx* (*Kiwi*). Las especies extinguidas contaban seis especies de *Dinornis* y dos especies de *Palapterix*. El *Dinornis giganteus* era cerca de un metro más alto que los mayores avestruces.

(1) *Address on the Moa*, by the Hon. W. B. Mantell F. G. S. *Transactions*, tomo 1, pág. 18.

generación presente. En algunas frases combate y explica Mr. Colenso un error frecuentemente repetido. Se ha dicho que no se habían usado en Nueva Zelanda estas canoas dobles, olvidando los testimonios de Tasman y de Cook; pero el hecho se explica por el abandono en que parece ha caído progresivamente esta forma de construcción. Tasman habla sólo de canoas reunidas de dos en dos; Cook, por el contrario, dice que esta reunión se verificaba raramente, y sin duda los Maoris renunciaron á ella por completo poco tiempo después del viaje del ilustre navegante; y á falta de buenos informes, creyóse que los Maoris no habían conocido nunca esta forma de construcción naval.

La moda y la fantasía reinaban en Nueva Zelanda como en todas partes. Allí, como entre todos los pueblos salvajes, los adornos preocupaban á los hombres tanto ó más que á las mujeres. Este instinto tan profundamente humano ha entrado por mucho, de seguro, en el desarrollo que había tomado el *tatuage* en Nueva Zelanda, y en el papel que esta operación representaba en la vida de los Maoris, hombres y mujeres. Entre ellos, las líneas elegantes y raras que llegaban á cubrir en los jefes todo el cuerpo, tenían una significación más elevada. Es sensible que Mr. Colenso no haya dado algunos detalles circunstanciados sobre este *blason*, cuya importancia real parece haber desconocido. Limitase á decir en otra página que únicamente los jefes tenían derecho á usar ciertos signos.

Los cuatro grandes sucesos en la existencia de los Maoris eran el nacimiento, el matrimonio, la muerte y la exhumación de los huesos.

El nacimiento de un niño se acogía con una fiesta. Sin embargo, el niño, la madre y cuantos habían intervenido en el alumbramiento estaban *tabuados* y reputados impuros hasta el momento en que el *tabu* era solemnemente levantado por un sacerdote: en aquel momento el recién nacido recibía el nombre.

Por motivos de conveniencia ó de política, verificábanse á veces matrimonios entre niños de corta edad, y entonces las ceremonias del casamiento se celebraban tranquilamente y la fiesta se terminaba de un modo pacífico. En el caso contrario, el campo de la lid quedaba abierto á los pretendientes hasta el último momento. A veces, hechos todos los convenios, y cuando los futuros iban á unirse, un recién llegado intentaba apoderarse de la novia, emprendiendo con tal objeto una lucha apasionada y violenta en la cual quedaba la joven medio muerta á fuerza de empujarla y atraerla en todos sentidos. Una vez en casa del marido, debía procurar contentarle en todo, porque el divorcio estaba autorizado. Además, casi nunca se encontraba sola, pues se permitía, y aún se alentaba la poligamia.

Temiendo la muerte, los Maoris sabían, sin embargo, desafiarla ó verla venir con serenidad, lo mismo en las enfermedades que en los campos de batalla. Cuando morían en sus casas, en los últimos momen-

tos de la vida se hacían sacar al aire libre para que no recayese el *tabu* sobre sus domicilios. Los asistentes atestiguaban su dolor con lamentos, lágrimas y sangre que se causaban en los brazos, en el pecho y en la cara. Al muerto se le exponía durante algún tiempo, ó en una estancia construida expresamente, ó en su propia casa; de ordinario era en el fondo de un bosque reservado á este uso.

Cuando las carnes habían desaparecido, se procedía á la limpieza de los huesos (*hahunga*); cada uno de ellos era cuidadosamente limpiado, se los reunía en seguida y eran transportados á un lugar secreto, conocido solamente de corto número de personas. Esta precaución se había tomado para evitar que ninguno cayese en manos de enemigos que no hubieran dejado de profanarlos.

La sociedad neo-zelandesa era esencialmente feudal, aristocrática y dividida en clases rigurosamente limitadas. Este es un hecho indudable, sabido por documentos que han recogido diferentes viajeros, y principalmente Thomson, á quien Mr. Colenso ha hecho mal en olvidar. Existían en Nueva Zelanda, según este autor, seis clases distintas, á saber: 1.º los *aríkis* ó sacerdotes jefes, que se consideraban á sí mismos y los aceptaban los demás como encarnaciones de dioses; á estos se les ha llamado con frecuencia reyes; 2.º los *tanas*, título que correspondía á todos los miembros de la familia real; 3.º los *rangatiras*, jefes ó caballeros; 4.º los *tutuas*, que hacían el papel de nuestra clase media; 5.º los *wares*, correspondientes á nuestras clases inferiores, y 6.º los *tuarakarekas* ó esclavos. Se ve, pues, que en este pueblo, considerado como salvaje, había distinciones sociales y una gerarquía tan completa como en cualquiera de nuestras viejas sociedades europeas.

Mr. Colenso no insiste lo bastante en estos hechos esenciales, y parece que no ha comprendido su importancia, pues sólo habla de señores y de esclavos. En cambio dice el por qué de una anomalía social indicada, pero no aplicada por los escritores que le han precedido, y que introduce tristes elementos en las familias polinésicas. El hijo mayor de un jefe era casi siempre considerado como superior á su padre y á su madre, siendo más noble que ellos. En concepto de estos pueblos, la nobleza dependía á la vez del grado de parentesco con el antecesor común de la tribu y del rango de los padres. Estos dos elementos de superioridad reunidos en el hijo le colocaban en más elevado lugar que los que le habían dado la vida. Las mujeres compartían este privilegio con los hombres, y las tradiciones maoris han conservado el recuerdo de algunas de esas mujeres *aríkis*, de esas reinas, como las llaman los viajeros europeos (1).

(1) Véase, entre otras, la curiosa *Historia de Paoua*, antecesor de la tribu de los *Ngatipaoas*, traducida al inglés por sir Jorge Grey K. C. B. (*The Journal of the Ethnological Society of London*, tomo 1, pág. 335.)

Las distinciones sociales que he indicado existían en toda Nueva Zelanda. La población estaba además dividida y subdividida en tribus, correspondiendo exactamente á los *clans* escoceses. Thomson ha hecho esta comparación, que ni siquiera indica Colenso. Resulta también de los detalles dados por Mr. Edward Shortland en la Memoria de que ántes he hablado, Memoria que llena algunas de las lagunas dejadas por nuestro autor. El número de tribus primordiales, de *naciones*, como se hubiera dicho hablando de los Piel-rojas, era de seis. Cada una de ellas remontaba á los primeros tiempos de las inmigraciones, de que después hablaremos, y procedía de una tripulación de las *canoas* que realizaron aquellas. La historia de algunos de estos grupos ha sido detalladamente conservada. Conocíanse los puntos por donde el *Tainui* (*la Marea Alta*) y el *Arama* (*el Tiburón*) llegaron á tierra, donde sucesivamente tocaron y donde establecieron sus centros de colonización. Se sabe que los jefes tomaban posesión del suelo, como lo hacen los marinos modernos, si bien la fórmula era distinta. «Este es el lecho de mis hijos,» exclamaban, y tan sencilla afirmación constituía un título sagrado, que nadie pensaba disputar.

Los dominios así adquiridos eran á veces de considerable extensión, y de ello resultó desde un principio la dispersión de las tripulaciones, y por tanto la división y aislamiento de las tribus. Compréndese que estos pequeños grupos, constituyéndose aparte en un país donde las comunicaciones no eran fáciles, hayan concluido por presentar, al cabo de algunas generaciones, ligeras diferencias de costumbres y de lenguaje... Pero los recuerdos de origen común no se borran por ello. En cada familia se transmitían con todos sus detalles la historia de sus antecesores; las genealogías se conservaban con un cuidado escrupuloso. La exactitud de estos documentos, á los cuales me referiré después, ha sido formalmente reconocida á consecuencia de una verdadera información, por medio de la cual las autoridades inglesas han reunido y comparado las genealogías de muchos jefes pertenecientes á distintas tribus, alejadas unas de otras. El notable acuerdo que existe entre todas ellas es la mejor prueba de su autenticidad. Añadamos que el nombre del fundador de la tribu llegaba á ser habitualmente el de la tribu. El *gnati* neo-zelandés significa lo mismo que el *mac* escocés y la *O'* irlandesa. De diez y ocho *naciones históricas* admitidas por Thomson, diez y seis tienen nombres que empiezan por esta apelación. Lo mismo sucede con treinta y nueve subdivisiones de los *Gnatikahungunu*, de un total de cuarenta y cinco.

Los Maoris conocían la propiedad, y Mr. Colenso da sobre este punto interesantes detalles más completos que los conocidos hasta ahora. Por poco familiares que me sean las cuestiones de derecho, creo que las

bases de la propiedad entre los Maoris eran semejantes á las que rigen en Europa. Encontrábase en Nueva Zelanda la propiedad personal aplicada á los bienes muebles é inmuebles, la transmisión y la herencia eran conocidas y estaban admitidos el usufructo permanente y temporal. Los jefes gozaban de ciertos privilegios que recuerdan los derechos de nuestros señores feudales: por ejemplo, todo *pez real*, como la ballena, el marsuino ó el delfín, arrojado á la costa, pertenecía al ariki, jefe del territorio (1). El derecho de adquirir lo que el mar arrojaba á la costa era notablemente riguroso, porque las canoas que naufragaban, aunque fueran de amigos, eran confiscadas con cuanto contenían en provecho de los ribereños. Al lado de la propiedad privada existía la propiedad comunal, y no hay para qué decir que la tierra no cultivada y sus productos correspondían á todo el mundo; pero el campo roturado en los *terrenos comunales*, el árbol que un particular señalaba para cortarle, convertíase en propiedad personal.

Los neo-zelandeses criaban en cautiverio algunas aves, como los loros, y una especie de grulla (*Ardea flavirostris*), cuyas plumas se buscaban como objetos de adorno. También parece que criaban dos especies de gaviotas, pero su único animal verdaderamente doméstico era el perro, cuya lana, piel y carne utilizaban. El perro había sido importado en la época de las inmigraciones, de que después hablaremos, como la rata y el loro gris. Las gaviotas mismas, que tenían costumbres parecidas á nuestros patos, iban á pasar el día en el mar y entraban por la noche en la aldea: probablemente eran descendientes de las *pollas de agua*, llevadas por Turi y sus amigos, cuando este jefe fué de Havaiki á Nueva Zelanda. Mr. Colenso no opina así, y, al parecer, no cree en los viajes que nos ha dado á conocer sir Jorge Grey. Más adelante discutiré esta opinión.

Empieza Mr. Colenso su capítulo consagrado á los caracteres psicológicos de los neo-zelandeses, declarando que sus facultades intelectuales y morales eran de un orden elevado, aunque las bastardeasen y rebajasen las costumbres, hábitos é instintos brutales á que se abandonaban sin freno. Traza en seguida un cuadro detallado, insistiendo primero en las buenas cualidades y después en las malas. Esta parte de la Memoria no contiene nada todavía bien caracterizado. Por ejemplo, hablando mucho del canibalismo, Mr. Colenso no da sobre este punto ningún informe especial, como los que á Thomson debemos; hablando de los implacables odios de los Maoris, nada dice de la manera cómo entendían el derecho y el deber de la venganza, si es posible expresarse así, y en este

(1) Adviértase que todos estos pretendidos *peces* son cetáceos; es decir, mamíferos. En este concepto respiran aire por los pulmones y tienen sangre caliente. Estas cualidades habían, sin duda, llamado la atención de los Maoris, observadores como todos los salvajes.

punto podían hacerse interesantes comparaciones por un autor que, como Mr. Colenso, conoce la localidad, y á quien hubiera sido fácil demostrar la semejanza en estos sentimientos entre los neo-zelandeses y los corsos de este siglo, ó los escoceses del pasado. Yo he hecho ya una comparación de esta naturaleza, y hubiera podido multiplicar observaciones análogas. Mr. Colenso tiene el defecto de aislar demasiado su asunto y no apreciar los datos comparativos que puede encontrar en otras partes.

Acaso conteste á esta crítica diciendo, que sólo ha querido dar á conocer á los Maoris, dejando á los demás el cuidado de señalar los puntos de semejanza que tengan con pueblos más ó menos apartados; pero esta contestación, aceptable cuando se trata de pueblos europeos, no lo es al referirse á las ramas de la raza polinésica, de quienes Mr. Colenso se cuida tanto como de los escoceses, privándose de importantes puntos de comparación y no dándose cuenta de ciertos hechos generales que, no teniendo fácil aplicación concretados á Nueva Zelanda, se esclarecen completamente en otras partes, como, por ejemplo, en Taíti.

Mr. Colenso ha comprendido perfectamente la importancia del papel que desempeña entre los Maoris el *tabu* y aprecia con exactitud su influencia, muchas veces excelente y algunas mala; pero sobre este punto tan interesante, nada de nuevo nos dice. No distingue al parecer el *tabu* civil, del religioso, y creo que se ha equivocado acerca de la verdadera naturaleza de este último. «La observación del *tabu*, dice, ocupaba el lugar de la religión entre los neo-zelandeses.» El autor toma aquí el efecto por la causa. Si las prescripciones del código *tabuano* eran tan estrictamente observadas, es porque descansan en la idea religiosa, y si ésta se encuentra oscurecida por un formalismo excesivo, no tenemos el derecho de admirarnos, porque no es sólo en Nueva Zelanda donde, en punto á religión, la forma predomina sobre el fondo.

Mr. Colenso sólo encuentra supersticiones entre los Maoris, y no les reconoce ninguna religión en el sentido verdadero y popular de esta palabra. «No tienen, dice, ni doctrina, ni dogma, ni culto, ni forma alguna de adoración: no conocen ningún ser que, propiamente hablando, pueda ser llamado Dios: no tienen ídolos; no veneran ni al sol, ni á la luna, ni á las brillantes estrellas, ni á ningún fenómeno de la naturaleza.»

Si sucede así en nuestros días, los Maoris modernos se parecen muy poco á sus antepasados. Los cantos históricos recogidos por sir Jorge Grey, nos muestran, por el contrario, que los primeros colonos llevaron consigo una parte de sus dioses y acogieron con veneración á la joven que les devolvió lo que habían dejado en la madre patria. Estos dioses, así

transportados, tenían que ser evidentemente ídolos. Sin embargo, el cielo y la tierra, *Rangi* y *Papa*, eran los primeros padres de todos los seres que existen y se les dirigían *preces* para que fuesen favorables (1). Sir Jorge Grey, nos ha conservado algunos versos de un himno dirigido á la anciana diosa la Tierra para que no perturbe las semillas que se le confían, y podría citar otros ejemplos que prueban fácilmente que los neo-zelandeses veían en sus *atuas* los malos genios (2) (*malignant demons*). Los antiguos Maoris tenían también lugares consagrados al culto, y el primer cuidado de los colonos inmigrantes era establecerlos. Disputas que muchas veces iban á degenerar en batallas, fueron sometidas al juicio comparativo de estos santuarios. El partido que tenía superioridad en este punto, ganaba la causa en el concepto de sus mismos competidores. Añadiremos que, á juzgar por el testimonio del arzobispo de Wellington, existen aún estos templos. Sin duda alguna los dogmas no estaban formulados en Nueva Zelanda con la claridad que habían adquirido en Taíti. Los Maoris, salidos de una mezcla de los Samoanes y de los Taítianos, se acercaban más á las tradiciones primitivas de la raza, como lo atestigua la precisión de sus cantos históricos. La naturaleza semi-divina y semi-humana de los hijos de Rangi y de Papa se explica así (3). Encontrábanse casi en el mismo punto que los naturales de Tonga, cuyas tradiciones nos ha conservado Mariner (4).

Pero por todas partes se encuentra el mismo fondo de creencias. Tal es, entre otras, la que atribuye á los jefes una naturaleza sobrehumana que acaso se acentuó más en Nueva Zelanda que en los demás países. Los arikis no sólo pretendían descender en línea recta de los dioses, sino ser dioses ellos mismos, y esta pretensión la acataban sus subordinados.

«No creas, decía Té-Héon-Héon á un misionero, que soy hombre y que mi origen sea la tierra. Vengo del cielo, donde están todos mis antepasados. Son dioses y volveré junto á ellos (5).» Al leer estas frases tan extrañas, es difícil no acordarse de los

(1) *Polynesian Mythology, The Curse of Manaiá*. En la página 179, Sir Jorge Grey da el dibujo de una estatua grotesca y monstruosa que evidentemente es una de las imágenes veneradas por los Maoris.

(2) *Polynesian Mythology* (pág. 15), Shortland da por madre á *Rangi*, *Ao*, la luz, que ha tenido por antepasados á *Kore*, la nada, y á *Po*, la oscuridad.

(3) Las consideraciones de esta clase, relativamente al conjunto de la Polinesia, las he desarrollado más en la obra *Les Polynesiens et leurs migrations*. Apéndice: *Genealogie et origine des dieux polynesiens*.

(4) *An account of the natives of the Tonga Islands*.

(5) Thomson *The story of New-Zealand*. Parece que Té-Héon-Héon vive todavía. Durante su permanencia en Nueva Zelanda (1869), Hochstetter ha visitado á este representante de los antiguos arikis. Té-Héon-Héon habita un pintoresco *pah*, construido en una península del lago Taupo, cerca del volcán sagrado de Tongariro. Vive como los antiguos jefes, y sus compatriotas le tributan la veneración debida á un semi-dios.

mikados del Japon y de los reyes dioses de Egipto.

Acabo de invocar repetidas veces en apoyo de mi opinion las tradiciones recogidas por diversos autores, como Sir Jorge Grey, Shortland y el doctor Thomson. Mr. Colenso, á quien siento combatir, rehusará las pruebas de esta naturaleza, considerándolas poco dignas de fe. Estas tradiciones no son para él otra cosa que mitos ó fábulas, esencialmente alegóricas y sin carácter alguno histórico ó real, que nada enseñan, ni acerca de los lugares, ni de los tiempos. Los detalles que dan sobre el nombre de las canoas, la composicion de las tripulaciones, los accidentes de las travesías, los viajes y descubrimientos emprendidos, inmediatamente despues de la llegada á Nueva Zelanda, no son, á los ojos de Mr. Colenso sino una rapsodia mística. Todas esas aventuras mezcladas de encantamientos y de prodigios, son más fantásticas que los viajes de Munchausen y de Gulliver, y no merecen que se haga caso de ellas. En particular, cuanto se refiere del punto de partida de estas inmigraciones, sólo es resto de algun mito más antiguo que el que hace pescar la isla Norte de Nueva Zelanda por Maoni. El nombre de *Hawaiki*, dado á esa isla misteriosa, no designa un punto particular. Mr. Colenso motiva su opinion en las fábulas mezcladas á estas tradiciones, en las variantes que han sido reconocidas y en algunos hechos que se limitan á indicar, calificándolos de imposibles.

Se trata, pues, aquí de una teoría completa. Sin sospecharlo acaso, Mr. Colenso razona como un discípulo de esa escuela que ha defendido la no existencia de Napoleon. No entraré en la discusion en lo que de general tiene, concretándome á algunas observaciones.

Las leyendas históricas de los Maoris contienen relaciones de acontecimientos manifiestamente fabulosos; pero no hay motivo para extrañarlo, porque lo mismo sucede con nuestras crónicas de la Edad Media. ¿Qué hace el historiador cuando el cronista le cuenta que Santiago, montado en un caballo blanco, ha combatido al frente de un ejército cristiano contra los moros en España? Prescinde de este detalle, pero no niega la batalla ni la victoria de los españoles.

Aplicando el mismo espíritu de atinada crítica á las tradiciones recogidas por Sir Jorge Grey, se sacará una historia sencilla de acontecimientos que han debido casi necesariamente ocurrir, si se admite el carácter de los neo-zelandeses actuales, como le ha pintado Mr. Colenso, y su inmigracion, que acepta como demostrada. Además, considerable número de estos pretendidos prodigios son fenómenos muy naturales, desfigurados por la supersticion. Si la *Arava*, una de las canoas salidas de Hawaiki, se extravía de su ruta y está á punto de naufragar por una tempestad, es porque el sabio mágico Ruao, deseando vengarse del comandante que le habia robado su mujer, ha

cambiado las estrellas de la noche en estrellas de la mañana. Si el Tongariro, uno de los volcanes de Nueva Zelanda, lanza sus llamas en el momento en que Ngatoro-i-Rangi subia por los flancos de la montaña, es porque el sacerdote jefe estaba á punto de morir de frio, y para calentarse, llamó á sí el fuego de la madre patria. ¿Es difícil distinguir en estos casos la verdad, de la fábula y el fenómeno real, de la interpretacion supersticiosa?

Las tradiciones de Nueva Zelanda, conformes en conjunto, presentan á veces, al decir de Mr. Colenso, diferencias bastante grandes. ¿Deben por ello rechazarse todas? Tambien podria invocar en este punto nuestras propias historias y nuestros poemas de la Edad Media; pero citaré un hecho que demuestra que el desacuerdo no es considerable ni frecuente. Los abogados ingleses han admitido como títulos que tienen valor en juicio, en los pleitos relativos á la posesion del suelo, las genealogías y los testimonios contenidos en los cantos tradicionales de los Maoris.

Entre los hechos que Mr. Colenso considera *imposibles*, los hay que, al contrario, son muy sencillos y repetidos. Las tradiciones refieren como al ir de Hawaiki á Nueva Zelanda, los colonos llevaban consigo los vegetales y los animales que juzgaban deber serles útiles. Estas plantas y estas aves se encuentran hoy en aquellas islas; algunas se han aclimatado por completo, y viven en estado salvaje. Mr. Colenso no quiere creer estos resultados; pero lo mismo ha sucedido en América á consecuencia de las inmigraciones europeas, y así acontece en Australia hoy dia.

Al emplear argumentos de tal clase, Mr. Colenso olvida los toros salvajes de Santo Domingo, produciendo la industria de la cecina; olvida que fué preciso declarar guerra de exterminio á los cerdos, que, en estado de libertad, destrozaban los plantíos; olvida que, en la actualidad, el conejo llevado á Australia se ha convertido en un animal destructor, del que apenas pueden defenderse los colonos, á costa de inmensos trabajos.

Notemos, por fin, que estas relaciones tradicionales han dado cuenta de un hecho que ha llamado vivamente la atencion de los zoólogos. En todo el grupo insular neo-zelandés sólo se han encontrado dos mamíferos terrestres, el perro y la rata. El primero es incontestablemente exótico, y el mismo Mr. Colenso admite su origen extraño. La rata es el único animal que forma excepcion en el carácter general de la fauna; pero la historia de las inmigraciones de Turi y de sus compañeros nos enseña que tambien ha sido importada, como propia para servir de alimento (1).

(1) *Polynesian Mythology* (pág. 212) La canoa que llevaba estas ratas llamábase *Aotéa*, y contenia tambien el loro gris que habita aún en Nueva Zelanda, las grandes *pollas de agua*, probablemente las gaviotas, multitud de plantas gramíneas, etc., destinadas á la aclimacion. El precio que se daba á estas riquezas de un colono, lo consigna aún el siguiente proverbio: «Vale tanto como el cargamento de la *Aotéa*.»

¿Admirará á nadie que este roedor se haya aclimatado? La historia de nuestras ratas europeas responde á la objecion.

Pero, añade Mr. Colenso, estos buques, cuyos nombres se nos refieren y que conducen tantas cosas, son sencillas *canoas*, y se supone que llevan ciento cuarenta hombres de tripulacion. Esto es imposible.

Pues bien, Sir Jorge Grey habia ya contestado. Estas canoas, cuyos nombres conserva la tradicion maori, como la historia ha conservado el de *Endeavour* (viajes de Cook) ó el de la *Boudeuse* (viajes de Bougainville), eran canoas dobles, que Tasman encontró todavía generalmente empleadas, pero que ya entonces empezaban á ser reemplazadas por las grandes piraguas sencillas de los tiempos de Cook. La historia de las principales inmigraciones así lo atestiguan. Cuando Ngatoro-i-Rangi, admirado por la ruta que seguia la *Arama*, extraviada por los encantamientos de Ruaéo, quiso darse cuenta de la situacion, *subió á lo alto de la casa construida sobre el emplazamiento que unia ambas canoas*. Fácil es apreciar la importancia de esta frase escapada á Mr. Colenso. Por ella sabemos que la *Arama*, el *Taïnuí*, la *Aotéa*... eran de esos buques admirados por cuantos los han visto, y que nuestros marinos más hábiles han considerado apropiados para largos viajes, habiendo podido con ellos los taïtianos explorar los mares circunvecinos *en un radio de más de cuatrocientas leguas*. Estas palabras de Forster refutan por sí cuanto Mr. Colenso repite, sobre la imposibilidad para los Maoris primitivos de atravesar las distancias que separan á Nueva Zelanda de las islas ménos alejadas.

Por lo demas, Mr. Colenso reconoce que los neozelandeses actuales no son hijos de la tierra en que han sido encontrados, y acepta el hecho general de las inmigraciones, como demostrado por la naturaleza exótica de las plantas cultivadas y por la presencia del perro. Tambien hace constar el radical parecido que existe en el lenguaje de uno á otro extremo de la Polinesia, y entra en este punto en detalles que concuerdan generalmente con las conclusiones del libro que ha valido el precio Volney al sabio ingeniero hidrógrafo Mr. Gaussin (1). Señala como notabilísimo el hecho de que los puntos extremos de la Polinesia, las islas Sandwich, la isla de la Pascua, Taïti y las islas Harvey ó Manaia, son donde se encuentran dialectos más semejantes. Atribuye por tanto á los polinesios un origen comun, y pregunta de dónde procede esta raza. En su concepto el problema está aún por resolver; declara que se resolverá pronto, y formula veintiseis proposiciones, demostrando las conjeturas que han formado sobre este punto.

La opinion de Mr. Colenso se acerca mucho á la

(1) *Du dialecte de Taïti, de celui des isles Marquises, et en general de la langue polynésienne*; obra premiada en 1861.

hipótesis presentada por Mr. Ellis (1). Quiere hacer venir los polinesios de América, y parece relacionar sus inmigraciones con la destruccion del imperio tolteca. El origen malayo lo declara imposible por la debilidad de las embarcaciones y la direccion de los vientos y de las corrientes.

A. DE QUATREFAGES.

De la Academia de Ciencias,

Profesor del Museo de Historia Natural de Paris.

(*Journal des Savants*).

(Se concluirá.)

LA ISLA FORMOSA.

Algunos japoneses, que arrojó un naufragio á las costas de Formosa, fueron implacablemente asesinados por los indígenas. El mikado exigió repetidas veces al emperador de la China, sin poderlo conseguir, reparacion de este ultraje, y, decidido á hacerse justicia por sí mismo, preparaba hace poco una expedicion contra Formosa, al mando del general americano Legendre.

Las circunstancias hacen que se fije hoy la atencion sobre esta isla que pertenece á la China, más bien nominal que realmente.

Formosa (ó Hermosa) está separada de la provincia de Fo-Kien, en la China meridional, por un canal cuyo ancho no pasa de cincuenta kilómetros. En la costa de China, frente á la isla Formosa, están la isla y el puerto de Amoy, á cuya entrada se ven enormes rocas en las que hay grabadas extensas inscripciones relatando algunos incidentes de la historia local ó de la tradicion.

De forma ovalada, la isla Formosa se extiende S-S-O á N-N-E, entre el 25°, 19' y 21°, 54' de latitud, y 117°, 47' y 119° 42' de longitud Este del meridiano de Paris. Figúrese el lector á Córcega y Cerdeña reunidas, y tiene aproximadamente la extension de esta isla, de 400 kilómetros de larga por 100 de ancha. Es probable que, gracias á su proximidad á la costa, la hayan conocido en todas las épocas los chinos, aunque no se la encuentra mencionada en los anales de este imperio hasta principios del siglo xiv. Visitada en el xvi de un modo superficial por viajeros portugueses y españoles, estos últimos intentaron sin éxito establecer misiones como las que con tan buen resultado habian establecido en Filipinas. Poco más tarde, en 1724, se establecieron en Formosa los holandeses, construyendo un fuerte frente al grupo de las islas pescadoras: despues de estar allí 37 años, fueron arrojados por los chinos. Ocuparon éstos la

(1) *Polynesian Researches during a residence of nearly six years in the South-Sea islands* 1829.

costa del canal de Fo-Kien, rechazando las tribus indígenas que nunca pudieron someter por completo. En suma, la dominación china existe sólo en las orillas del canal: el interior de la isla y la ribera que mira al Océano, han sido siempre independientes.

Aun cuando algunos viajeros han señalado las costas, hasta nuestros días no se ha ejecutado un trabajo hidrográfico del conjunto, y éste se debe á los ingleses. El interior, casi desconocido, apenas ha sido visitado por un cónsul inglés, un francés, M. Guerin, un naturalista alemán, Mr. Steeve y Mr. Campbell, que ha publicado en el *Geographical magazine* el relato de su excursión. Sábese que se extiende de Norte á Sur una gran cordillera conocida con el nombre de Ta-chand, de formación volcánica. La más elevada meseta, que los ingleses han bautizado con el nombre de Monte Morrisson, está cubierta de nieves perpetuas, y su mayor altura llega á 3.292 metros. Las dos vertientes de esta cadena no se parecen ni como población ni como país. La que forma la orilla del canal de Fo-Kien está dividida en numerosos valles, regados por caudalosos ríos. Allí se han establecido los chinos desde hace siglos, fundando inmenso número de aldeas y ocho ó diez ciudades importantes, siendo las más conocidas Tan-Kang y Tai-Wang-Fou, capital de la isla, que cuenta 50.000 almas, y cuyo puerto está abierto desde 1858 al comercio de todas las naciones. La costa oriental no tiene abrigo alguno; es un mullon alto y continuo de rocas cortadas á pico, sin una bahía, sin abertura por donde desemboque un arroyo algo considerable, nacido en las alturas del interior que reviste abundantísima vegetación.

Imposible es valuar, ni aún aproximadamente, la población, apreciada por algunos viajeros en 20.000, y por otros en 200.000 habitantes. Está generalmente dividida en cuatro categorías: los indígenas salvajes é independientes que habitan la parte inexplorada, los de la costa occidental que reconocen la dominación china, los chinos, y los mestizos que resultan de la mezcla de ambas razas, china é indígena. Los Shek-hoans y los Pepo-hoans, son aborígenes civilizados, y los Chay-hoans viven en estado salvaje.

Mr. W. Campbell, misionero de la iglesia anglicana que en 1873 ha visitado las aldeas de estos últimos, nos da interesantes informes acerca de sus costumbres y de su carácter.

El viajero se atrajo la benevolencia de los Shek-hoans, administrando á algunos de ellos dosis de quinina que les curaron las calenturas tan bien, que recibió un mensaje de un cheik de los Chay-hoans, llamado A-Rek, invitándole á visitar sus establecimientos y á curar á algunos de sus hombres enfermos de fiebres.

Después de atravesar numerosos torrentes, colinas y desfiladeros, llegó Mr. Campbell á la aldea de Tur-u-Oan, principal establecimiento de la tribu, y

comenzó por administrar á A-Rek una buena cantidad de quinina y una taza de caldo de carne Liebig; le regaló además una pieza de franela roja, algunos peines de madera y una cadena vieja de latón. Lo primero que observó Mr. Campbell al día siguiente por la mañana, fué gran cantidad de cráneos puestos sobre el techo de la habitación del jefe. Casi todos estaban hendidos, y el mayor número tenía aún pedazos de carne, como si hubiesen sido separados del tronco uno ó dos meses ántes. Igual decoración tenían casi todas las demás cabañas. En una de ellas contó 39 cráneos, 22 en otra y 21 en la tercera. Cree el viajero que, irritados los Chay-hoans por las incesantes anexionnes que hacen los chinos, su desesperación les hace ver en cada hombre un enemigo. Algunos instrumentos sospechosos que había en el interior de las habitaciones, y las cabelleras colgadas por distintos sitios, hicieron sospechar á Mr. Campbell, que los Chay-hoans son caníbales. Por lo demás, dice el viajero, es una hermosa raza, honrada, casta y verídica. El asesinato es el más común de sus pecados. Hombres y mujeres se tiñen el rostro. Cuando muere uno de ellos, sus amigos sacan de la cabaña el fuego que en ella arde constantemente, abren un agujero profundo y colocan en él sentado el cuerpo del difunto, poniendo á su lado el tabaco, las pipas y los objetos de su uso más ordinario en vida. Después de una corta ceremonia, durante la cual los asistentes expresan su dolor, llenan el hoyo de tierra y colocan de nuevo el fuego en el rincón habitual de la cabaña, continuando las cosas como ántes.

Sus habitaciones no se parecen á ninguna de las que yo había visto, dice Mr. Campbell. Empiezan por abrir un agujero de cuatro pies de profundidad en el suelo, y después de apisonar la tierra, edifican en redondo las paredes con grandes piedras, hasta unos tres pies por encima del nivel de la tierra que rodea el agujero; construyen después una armadura de bambú, que sale de los muros dos ó tres pies, y colocan encima pizarras ó grandes placas de piedra. El país que rodea es lo más salvaje y magnífico que puede imaginarse.

Al volver de Tai-wan-fou, Mr. Campbell siguió distinto camino, que le permitió visitar á los Chin-hoans, salvajes que viven á orillas de un lago de cuatro ó cinco millas de largo por tres de ancho. Su principal ocupación es la pesca, y para ella se sirven de largas canoas, construidas con un sólo tronco, y que mueven con cortos remos en forma de hojas.

Los indígenas de Formosa presentan en sus movimientos al andar mucha analogía con los cuadrúpedos superiores, como, por ejemplo, el gorilla; sus brazos son largos y sus pies enormes. Los viajeros de que hemos hablado han advertido que andan apoyando sólo en el suelo la mitad anterior de la planta del pie, valiéndose del juego perfeccionado de las articulaciones.

Añadamos, al terminar, que el idioma de estos indígenas, llamado tayal, tiene grandes relaciones con el tagalo que se habla en las islas Filipinas, por lo cual se cree que pertenecen á la gran familia polinésica, y como su lengua no contiene ninguna palabra sanscrita, es probable que su inmigración alcance á época anterior á la introducción del budhismo en el archipiélago indio.

GABRIEL MARCEL.

(*La Nature.*)

LA MUJER PROPIA.

LEYENDA DRAMÁTICA DEL SIGLO XVI.

(Continuación.) *

ESCENA XII.

DOÑA JUANA y VAZQUEZ, *que está algo apartado de ella.*

DOÑA JUANA.

¡Oh rabia!—¡Eh!... (Al sentir las pisadas de Vazquez.)

VAZQUEZ.

(Acercándose y con acento á la vez de indignación y de cariño.)

¡Ya veis, señora!...

DOÑA JUANA.

Veo... que aún os atreveis á insultarme... y no me extraña: soy una pobre mujer.

(Volviéndole la espalda y enjugándose los ojos con el pañuelo. Vazquez se retira observándola.)

VAZQUEZ.

(El golpe se dió, aunque al darle me hiriera un poco la piel de la mano... Necesito un cuchillo de muy buen temple si he de repetirle con provecho.)—Pero ¿quién viene por ahí?

(Acercándose á la puerta del foro y mirando al pasillo, por donde desaparece.)

¿Qué milagro le pudo hasta aquí traer?

ESCENA XIII.

DOÑA JUANA; *después*, ESCOBEDO.

DOÑA JUANA.

El vicio triunfa y la inocencia gime... Justo es que á tal mujer ame y estime el hombre que ni atiende la querrela, que usurpa á mis dolores su extravío;

* Véanse los números 20, 21, 25, 24, 26, 27 y 29, páginas 54, 84, 154, 187, 239, 287 y 350.

que el rubor que no asoma al rostro de ella en sangriento carmin inunde el mío! ¡Padres... hermano... Vuestro apoyo fuerte, víctima de la ausencia y de la muerte, ya no me presta su invencible ayuda... —Cuando cierro los ojos siempre os veo... ¡y por eso sin duda cerrarlos para siempre es mi deseo!

(Cae en un sillón.)

ESCOBEDO.

(Saliendo por el foro y avanzando lentamente.)

El palacio del Rey es su morada, la adulación la aduerme con su arrullo, y de otro dueño el alma enamorada siente por él esclavitud y orgullo.

Hoy me manda llamar... mas ¿qué hay que (espere?...

Si no me quiere, ¿para qué me quiere?

Si es feliz, si de mí no necesita,

¿por qué verme á su lado solicita

aumentando el dolor de la memoria

que suelta á veces de su red los lazos?

¿No sabe que mirarla en otros brazos

es sufrir el infierno y ver la gloria?

(Viendo á doña Juana.)

¡No es ella? ¡Sí por Dios! ¡Ellal... Parece que la crueldad el alma le agradece.

—¡Juana! (Mirándola embelesado.)

DOÑA JUANA.

¡Juan! (Levantándose y como quien vuelve de un sueño.)

¿Es verdad que Dios nos junta?

ESCOBEDO.

No lo sé... Yo iba á hecerte esa pregunta.

—Mas... ¡tú estabas llorando, hermana mía!

¡No eres feliz! (Con exaltación.)

DOÑA JUANA.

(Tratando de reponerse.) Desecha esas ideas...

ESCOBEDO.

(¡Y yo de que lo fueses me dolía...

—Dios me castiga con que no lo seas!)

DOÑA JUANA.

(Después de un momento de vacilación.)

Y... ¿por qué no he de ser franca contigo?

¿Por qué no te he de dar parte del peso

que temeraria á sostener me obligo?

¿No eres mi hermano tú; no eres mi amigo?

ESCOBEDO.

(Y algo que vale más que todo eso!)

Hagamos de una carga dos iguales:

lleva los bienes, llevaré los males.

DOÑA JUANA.

¡No hay bienes, Juan!

ESCOBEDO.

Pues; Juana, de ese modo sé generosa y déjame con todo.

—¿En qué te muestra su rigor la suerte?

DOÑA JUANA.

Antonio no me ama.

ESCOBEDO.

¡Pues qué?... ¿Puede vivirse sin quererte?

DOÑA JUANA.

Si él no quiere á su vida ni á su fama!

ESCOBEDO.

Luego... ¿No es el rumor que crece y cunde de la envidia la voz, con él sañuda?

¡Es la verdad desnuda!

DOÑA JUANA.

No lo sé: la verdad miedo me infunde y me arrojó en los brazos de la duda.

ESCOBEDO.

Yo ví y dudé también; dábame pena que mi amigo, mi hermano en la serena y alegre juventud, fuese un villano...

Ay! Tiene algo de propia, aun siendo ajena, la infamia del amigo y del hermano.

—El pobre Juan no acaba de ser niño.

DOÑA JUANA.

Esos títulos tiene á tu cariño la que, quitando al corazón la valla y revolviendo de su hiel las heces, hoy á tí te confiesa lo que á veces á sí misma se calla.

ESCOBEDO.

Habla!...

DOÑA JUANA.

No soy feliz en el estado que escogió mi razón y mi albedrío.

ESCOBEDO.

¡No?...

DOÑA JUANA.

Hasta hoy mi pecho resistió esforzado la amarga indiferencia, el desdén frío, y redobló su amor, bizarro ó necio: mas, cuando al fin á la verdad despierte, ¿vacilará la fe si se convierte el amor en desprecio?

ESCOBEDO.

Desprecio... ¿á quién?

DOÑA JUANA.

(Titubeando, asustada de sus palabras.) ¿A quién?...

ESCOBEDO.

¡Juana! ¿Tú sabes lo que diciendo estás?

DOÑA JUANA.

¡Sigue!... ¡No acabes de hablarme así, por Dios! Tu faz adusta no temple el ceño: tus palabras graves á indignación exalten la energía: dime que soy injusta... alumbrá mi razón y sé mi guía!

ESCOBEDO.

¡Yo!

DOÑA JUANA.

Muéstrame severo mis deberes; dime que las mujeres casadas, deben con ardor constante en ellos mantener los ojos fijos, en cumplirlos cifrar sus regocijos, y sin ver en su esposo al tierno amante, venerarle por padre de sus hijos. —¿Callas?

ESCOBEDO.

¡Adios!

(Haciendo un violento esfuerzo y dando un paso.)

DOÑA JUANA.

¡Me dejas?

¡Repugnancia te causó?

ESCOBEDO.

(Volviendo y contemplándola.)

¡Tú!

DOÑA JUANA.

¿Y te alejas de mí por eso?

ESCOBEDO.

¡No!

DOÑA JUANA.

Yo te reclamo la verdad!

ESCOBEDO.

¡La verdad?... ¿Tú me aconsejas...

(De pronto y después de sostener consigo mismo una visible batalla.)

—¡No! ¡Yo te quiero, pero no te infamo!

DOÑA JUANA.

¡Tú!... Bien... pero ese afecto... es el del (amigo.)

ESCOBEDO.

¡No!

DOÑA JUANA.

Es el amor de hermano.

ESCOBEDO.

¡Es eso y todo, que todos los amores van conmigo!

DOÑA JUANA.

¡Juan! ¿Pues ahora me hablas de ese modo!

ESCOBEDO.

¡Si tú adivinas lo que yo no digo!

—Un hogar en tu hogar encontré un día: crecí á tu lado... y el amor crecía conmigo: tú le dabas forma y nombre, ¡y el amor se hizo Dios... y el niño hom- (bre...)

¡y su Dios ni siquiera le entendía! Yo imaginaba que mi ardiente fuego, siempre juntos los dos, calor te daba... y ni turbó tu plácido sosiego: la lumbre estaba aquí, y aquí quemaba! Pobre aliciente mi cariño era á una mujer de su Criador amante... Un alma, un corazón... la vida entera,

ó es todo ó no es bastante.
Otro sér más feliz halló razones
capaces de mudar tu santo intento...
—porque hay dos ocasiones
en que puede expresarse el sentimiento:
y nada le resiste:
cuando es leve el amor; cuando no existe.
Enfrentede un error que áun hoy me ofusca,
busqué la muerte en que el dolor concluye...
pero la muerte busca á quien la huye,
y huye de quien la busca.
En Tillemont, en Gembloux, Juan de Es-

fué la prez del ejército de España;
hizo prodigios de valor el miedo...
¡y consistió en vivir mi única hazaña!
Al fin te perdoné: ¿qué es mi egoísmo
junto al inmenso amor que aquí rebosa?

(Llevándose la mano al corazón.)

Volví á la corte y esquivé el abismo
y seguí separado de mí mismo.
Oí decir que la madre y que la esposa
llamábante el mejor de sus modelos...
y el orgullo por tí venció á los celos!

DOÑA JUANA.

¿Tú, que me ves caer, no me levantas
y en contra de mi honor tu fé quebrantas?

ESCOBEDO.

¿Tu honor?... Mi amor es hijo de los cielos
y no toca á la tierra con las plantas...
—Firme cual el de padre,
tierno cual el de madre,
cual el de amigo fiel, de sus trasuntos
se autoriza mi amor y se rodea
porque mejor se vea
como él solo es mayor que todos juntos!

DOÑA JUANA.

¡Gracias, Juan! Tu entereza y tu hidalguía
infunden un aliento sobrehumano
en la que está orgullosa de su hermano...
y de poder amarle todavía.

ESCOBEDO.

¡Perdóname! A tus plantas me arrodillo
y resignado á mi dolor me avengo.

ESCENA XIV.

DICHOS y VAZQUEZ, que asoma por la puerta
del foro, y sorprende á Escobedo arrodillado á los
pies de doña Juana.

VAZQUEZ.

¡Ah!...—Buscaba un cuchillo!...

(Con dolor primero; con ira despues.)

¡Sí! ¡Buscaba un cuchillo y ya lo tengo!

(Vazquez avanza al centro de la escena con el rostro impasible: Doña Juana y Escobedo le miran recelosos.)

DOÑA JUANA.

(Vazquez... ¿Ha visto...)—¿Vienes?

(A Escobedo con forzada naturalidad.)

ESCOBEDO.

No... Más tarde
iré.

DOÑA JUANA.

Que os guarde Dios. (A Vazquez, sin mirarle.)

VAZQUEZ.

(Con intencion.) ¡Que Dios os guarde!

ESCENA XV.

ESCOBEDO y VAZQUEZ.—Va declinando la
tarde.

ESCOBEDO.

(Dirigiéndose á D. Mateo con ansiedad y resolucion.)

¡Hablad!...

VAZQUEZ.

(Friamente y poco á poco.) Oid.—Vos teneis
(si no vivo equivocado,) algún afecto al privado...
ó á su esposa...

ESCOBEDO.

¿Qué quereis
decir?...

VAZQUEZ.

Digo que es razon
que sabiéndolo yo, acuda
á demandaros la ayuda
que exige su salvacion.

ESCOBEDO.

Pues ¿qué riesgo le amenaza?

VAZQUEZ.

¿No bastan sus imprudencias
acaso? Mis advertencias
y mis consejos rechaza,
y ya me rinde y me abate
esta lucha estéril: ya
sospecha el Rey... ¿Faltará
alguno que le delate?

ESCOBEDO.

¿Habrá alma tan baja? ¡No!

VAZQUEZ.

¡Sí! Básteos mi testimonio,
Escobedo...—En cuanto á Antonio...
De Antonio me encargo yo.
Yo, con la astucia, haré vana
la accion investigadora
de la justicia.

ESCOBEDO.

Sí...

VAZQUEZ.

Ahora

ensemblamos en doña Juana
y en sus hijos.

ESCOBEDO.

Pero... ella, ¿qué puede temer?

VAZQUEZ.

La ira

popular corre y no mira, y en lo que topa se estrella. Y aunque la casualidad su vida libre tal vez, quedará en triste escasez, en amarga soledad...

ESCOBEDO.

¿Viviendo yo?... (Ingenuamente.)

VAZQUEZ.

¡Bien!

(Dominando un impulso de cólera.) He ahí en lo que estriba mi ruego. Vos la recogéis...

ESCOBEDO.

¡Sí!

VAZQUEZ.

(Y luégo

yo la recojo de tí!)

ESCOBEDO.

¿No habrá modo de evitar...

VAZQUEZ.

Ya el mal, remedio no tiene. —Pero... la Princesa viene con Perez.

ESCOBEDO.

Les voy á hablar.

VAZQUEZ.

¿Sobre qué?... ¡Ved lo que haceis!... (Alarmado.)

ESCOBEDO.

A advertirles con severo lenguaje el peligro...

VAZQUEZ.

Pero...

ESCOBEDO.

(Desembarazándose de Vazquez, que trata en vano de detenerle.)

Dejadme á mí, y ya vereis.

ESCENA XVI.

DICHOS: LA PRINCESA y PEREZ, por la izquierda.

PRINCESA.

¡Pues no está! (Inspeccionando la escena.)

VAZQUEZ.

(Dar en la empresa parte...) (Mirando á Escobedo con ira y desprecio.)

PEREZ.

¡Juan!... Por vida mia que...

ESCOBEDO.

(Apartando á Perez, que va á abrazarle, y dirigiéndose á la Princesa.)

A solas hablar querria

con la señora Princesa.

PRINCESA.

Bien... Luégo...

ESCOBEDO.

No: al punto.

PRINCESA.

¿Es cosa que obligue á tales extremos? —Venid.

(Se van junto á la ventana y allí hablan en voz baja y con calma primero, con acaloramiento y más fuerza despues.)

PEREZ.

(A Vazquez, con sorna.) Conque ¿qué tenemos del amante de mi esposa?

—¿Callais?

VAZQUEZ.

(Asaltado de una idea.) No... Ya sé quién es.

PEREZ.

¿Sí?

VAZQUEZ.

(Así le mantengo á raya...)

Y acabo de verle...

PEREZ.

¡Vaya!...

VAZQUEZ.

Arrodillado á sus piés.

PEREZ.

¿Hablais con formalidad? (Alarmado.)

VAZQUEZ.

¡Perez! (Resentido.)

PEREZ.

¿Quién es ese hombre?

¡Su nombre pronto! ¡Su nombre!

—¿Estais mudo?

VAZQUEZ.

Perdonad.

Tened calma.

PEREZ.

No la puedo

tener hasta que mi afan concluya.

VAZQUEZ.

Pues... el galan

es Escobedo.

PEREZ.

¿Escobedo!...

(Yendo á lanzarse á él: Vazquez le detiene.)

VAZQUEZ.

¡Prudencia! Venid. (Llevandoselo más hácia el foro.)

PEREZ.

¿Mi esposa

sabe...

VAZQUEZ.

¿Que yo sé... Preciso!

¿Pues cómo no? Y, os lo aviso, está conmigo furiosa.

¡Que llegáramos los dos á odiarnos! ¿Quién lo dijera?
—Ella buscará manera de malquistarme con vos; y la encontrará, sí.

PRINCESA.

(Separándose de Escobedo y bajando al centro de la escena, seguida por él.)

Eh! Paso!

Basta!

ESCOBEDO.

Yo...

PRINCESA.

¡Qué atrevimiento!

ESCOBEDO.

Os he dicho lo que siento.

PRINCESA.

Lo que sentireis acasol

ESCOBEDO.

Ved que me mueve el afán de salvaros: no os ofusque el orgullo.

PRINCESA.

Cuando busque yo preceptores, serán más sabios que vos... Y adios.

ESCOBEDO.

Mis lecciones...

PRINCESA.

Las desprecio.

ESCOBEDO.

Si hoy dáros las puede un necio... tanto peor para vos!

PEREZ.

¿Que es eso?

(Ha notado que pasa algo entre Escobedo y Ana; Vazquez no ha logrado distraerle y se aproxima á ellos, quedando siempre á alguna distancia. En sus ademanes se ve que está contrariado y no sabe qué partido elegir.)

ESCOBEDO.

No es nada: copia de palabras!

VAZQUEZ.

(¡Mala peste... en mí!) ¿Qué ha ocurrido?

PRINCESA.

Que este necio, por confesion propia, me está faltando al respeto.

PEREZ.

¡Cómo?...

PRINCESA.

¡Y la vergüenza abrasa mi rostrol

PEREZ.

¡Juan!... ¡En mi casa!

¡Sal de aquí!

(Vazquez se adelanta más, como dispuesto á cortar la conversacion si llega á tomar un giro inconveniente para él.)

ESCOBEDO.

(Reprimiéndose.) Yo te prometo librarte de mi presencia: pero... en pago, óyeme ahora...

—Y vos, en tanto, señora, oid á vuestra concienzial—

Antonio, soy tan amigo

tuyo, que hasta te concedo

que me insultes, mas no puedo

ser impasible testigo

de tu clara perdicion;

verte de ultrajar ufano

la memoria del anciano

que nos dió su proteccion.

Sé que eres traidor al trono...

VAZQUEZ.

¡Don Juan! (Interponiéndose.)

PEREZ.

¿Me juzgas dispuesto á sufrir...

ESCOBEDO.

Y á Juana... ¡y esto sí que no te lo perdono!

PEREZ.

¿Eh?...

VAZQUEZ.

(A Perez.) (¿Veis?...) ESCOBEDO.

ESCOBEDO.

Fíate de quien

en tu provecho se inspira

como en el del reino: ¡mira

que te hablo así por tu bien!

¡Que si álguien dice quién eres al Rey...

VAZQUEZ.

¡Señores!...

PEREZ.

(Mirando á Escobedo: furioso.) ¿De modo que tú eres capaz?...

ESCOBEDO.

(Sosteniendo la mirada y con energía.) De todo por cumplir con sus deberes es capaz Juan de Escobedo!

VAZQUEZ.

(¡Ah!...) (Con alegría.)

PEREZ.

¡Te agradezco el aviso!

ESCOBEDO.

Y ¡adios!

(Saliendo: Vazquez le sigue, y los dos se van por el foro hablando en voz baja.)

VAZQUEZ.

—¡Muy bien!

ESCOBEDO.

Es preciso meterle un poco de miedo...

VAZQUEZ.

¡Sí!

ESCOBEDO.

El peligro que recela
acaso su enmienda a firme.

VAZQUEZ.

(¡Este mozo va á servirme
de cuchillo... y de rodela!)

ESCENA XVII.

LA PRINCESA y PEREZ.

PRINCESA.

(Acercándose á Antonio, que está pensativo y turbado.)

¡Vos creéis también que ese loco
puede hacer...

PEREZ.

No, Dios mediante,

pero...

PRINCESA.

Pues vuestro semblante
me tranquiliza muy poco.

PEREZ.

Otro mal me hace abatir
la frente.

PRINCESA.

(Resentida.) Mis labios sello.

PEREZ.

¡Quereis saber...

PRINCESA.

Sólo aquello,
que se me quiere decir.

PEREZ.

Pues ¿puedo yo alguna cosa
reservar de vos?

PRINCESA.

Yo os pido...
yo os ruego... (Como resistiéndose á oír.)

PEREZ.

Hay un atrevido
que me corteja á mi esposa.

PRINCESA.

Escobedo, ¿eh? (Después de un momento.)

PEREZ.

Sí.

PRINCESA.

Al ir Juana
á profesar, le escribió
llamándole... (Recordando.)

PEREZ.

¿Y él?...

PRINCESA.

Cumplió
el deseo de su... *hermana*,
y llegó á Madrid, deshecho

el juicio en sus trampantojos,
con el júbilo en los ojos
y la epístola en el pecho.
Aún recuerdo la expresión
de su orgullo...

PEREZ.

(No explicándose lo que sucede.) (¡Juana!...)

PRINCESA.

«Esta
carta, he de llevarla puesta
siempre sobre el corazón.»
¡Já, já, já!

PEREZ.

El creeria ser
llamado por ella...

PRINCESA.

¡Justo!

Y, ó se engañó, ó no habló á gusto
de tan discreta mujer.

PEREZ.

¡Bien pudisteis acordaros
un poco antes de la historia!

PRINCESA.

Es tan flaca mi memoria
que me olvido hasta de daros
disgustos sin tón ni són.

PEREZ.

Y el caso es... Si hoy se repite
la llamada.

PRINCESA.

El sabio admite
la mudanza de opinion.
Y Juana es sabia... Y celosa,
y altanera, y suspicaz.

PEREZ.

Si eso es cierto, soy capaz
de repudiar á mi esposa.

PRINCESA.

¡Tal rigor!

PEREZ.

¡Sí por mi fe;
en cuanto la prueba adquiriera...

PRINCESA.

Que la deseais, cualquiera
pensaria.

PEREZ.

No lo sé...

—Una vez roto el consorcio
que hace tiempo que me hastía,
si hoy me infama, entablaria
la demanda de divorcio,
y acaso Su Santidad,
que me aprecia, hallára modo
de devolverme del todo

la perdida libertad.
El Rey me ha dicho una frase
hace poco... Si me veo
yo libre...

PRINCESA. ...

Sí...

PEREZ.

Su deseo

mayor, será que me case
con vos.

PRINCESA.

¡Eh?... (Sorprendida.)

PEREZ.

(Comprendiendo el pensamiento de la Princesa y con galanteria.)

No hay diferencia

entre su amor de hoy y...

PRINCESA.

¡Pues...

PEREZ.

Esto es sólo que el Rey es
muy estrecho de conciencia.

PRINCESA.

¡Ya!

PEREZ.

Y ve que, unidos los dos,
corta el vuelo á la impostora
voz del vulgo. Así, señora,
dijo el Rey; ¿qué decís vos?

PRINCESA.

Para vos es un arcano
la honra de vuestra mujer.

PEREZ.

Mas... si...

PRINCESA.

Si os miro caer,
¿cómo no daros la mano?

PEREZ.

¡Ah! Gracias.

PRINCESA.

¿Por qué?...—¿Y qué hacemos
de Escobedo?

PEREZ.

Si en seguida
no le cortamos la vida
ó la lengua, nos perdemos
para siempre.

PRINCESA.

El Rey.

CÁRLOS COELLO.

(Se continuará.)

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Sociedad Española de Historia Natural.

2 DE SETIEMBRE.

Con asistencia de veintinueve socios de Madrid se abrió la sesión, bajo la presidencia de D. Manuel Abeleira, en ausencia del Sr. Llorente, y se leyó y aprobó el acta de la anterior.

El Sr. Areitio leyó una descripción geológica de una parte de la provincia de Segovia visitada por él en compañía del Sr. Quiroga, cuyo trabajo pasó á la comisión de publicación, y presentó varios huesos y fragmentos de vasijas de barro halladas por dichos señores en las cavernas de Pedraza.

El Sr. Vilanova llamó la atención de la Sociedad acerca de la mención hecha en su Memoria por el Sr. Areitio, del horizonte de *caliza de rudistas* en las cercanías de Segovia, pues escasea en el centro de la Península, y hasta el presente por nadie se ha indicado.

El Sr. Calderon indicó constarle la existencia de dicho horizonte en Castroceniza, á unas siete leguas de Búrgos, pues posee procedentes de dicha localidad, donde se hallan en arcillas sueltas y sobre un horizonte de *Ostrea*, varios *Radiolites* en un estado de perfecta conservación.

El Sr. Vilanova leyó un extenso y razonado artículo bibliográfico sobre la obra recientemente terminada del doctor Schimper, titulada: *Traite de Paleontologie végétale ou la Flore du monde primitif dans se rapports avec les formations géologiques, et la Flore du monde actuel*, trabajo que se publicará en los *Anales*.

Se admitieron cinco socios; se hicieron seis nuevas propuestas, y se levantó la sesión á las diez ménos cuarto.—*El vice-secretario*.

Academia de ciencias de Paris.

7 DE SETIEMBRE.

Observatorio de Tolosa.—Corpúsculos en el disco del sol.—La zircosyenita de la isla de Fuerteventura.—Colecciones geológicas de Canarias.—El magnetismo y el sistema nervioso.—Fenómenos morbosos

Se da cuenta de un despacho telegráfico fechado por la mañana en Tolosa, señalando el paso extraordinario de corpúsculos sobre el disco del sol en el mismo día 7 y los dos anteriores. Es posible que el fenómeno continúe. Los observadores no hablan nada de sus causas; pero los académicos recuerdan que ya se han observado hechos análogos, produciendo cierto oscurecimiento del sol. Humboldt cita en su *Cosmos* un fenómeno de este género que tuvo lugar en 1547, y duró tres días. «Keplero, añade Humboldt, quiso buscar la causa, primero en la interposición de una *materia comética*, despues en una nube negra formada por emanaciones fuliginosas salidas del mismo cuerpo del sol. Chladni y Schnurrer atribuían al paso de masas meteóricas, por delante del sol, los fenómenos análogos de los años 1090 y 1208 que duraron tres horas el primero y seis el segundo.» Arago recuerda que el 17 de Junio de 1777 al medio día, vió Meissier pasar por delante del sol durante cinco minutos, un número prodigioso de glóbulos negros. Hay otros muchos ejemplos.

—M. Elie de Beaumont presenta una nota de M. Meunier sobre la zircosyenita de la isla de

Fuerteventura (Canarias). Es una roca muy interesante descubierta por Leopoldo de Buch en Groenlandia, que fué el primero en demostrar su naturaleza eruptiva. Estudiando las colecciones geológicas que M. Webb ha llevado á Paris de Canarias, M. Meunier ha encontrado esta misma roca que sólo se conocia en la península Scandianava y en Groenlandia, y que en Canarias se presenta en asociacion perfecta con las rocas volcánicas. Este hecho puede tener algunas consecuencias bajo el punto de vista de la geología general.

—M. Volpicelli cita dos hechos que demuestran que el magnetismo no produce efecto ninguno en el sistema nervioso, y que la causa de los efectos producidos por la presencia de un iman debe atribuirse á la imaginacion. A una persona nerviosa que sufría un síncope cada vez que le enseñaban un iman, le puso M. Volpicelli en la mano un trozo de hierro sin imantacion ninguna, y esto bastó para hacerle experimentar las mismas convulsiones y trastornos nerviosos que si el hierro estuviese imantado. La exaltacion de la imaginacion habia producido esos fenómenos. A otra persona que experimentaba grandes trastornos nerviosos á la vista de un iman, le puso M. Volpicelli alrededor multitud de imanes ocultos sin que él lo supiera, y no observó la alteracion; pero apénas le dijo la estratagema que habia usado, fué tal la sorpresa y el temor que manifestó el enfermo, que empezó á indicarse en él una convulsion. Son fenómenos casi morbosos de la imaginacion.

14 DE SETIEMBRE.

Coagulacion espontánea de la sangre.—Acido carbónico.—Máquina neumática.—Formacion del vacío.—Procedimiento perfeccionado.

—M. Mathieu explica los experimentos que ha hecho sobre la coagulacion espontánea de la sangre cuando se la extrae de la vena y se la deja abandonada á sí misma, y dice que esa coagulacion se opera, única y exclusivamente, por la accion del ácido carbónico que contiene el aire. En vista de este resultado se ocurre preguntar cómo el ácido carbónico, tan abundante en la sangre negra, no la coagula dentro de las mismas venas; pero M. Mathieu contesta con su observacion de que el gas no está libre en la sangre viva, sino contenido en glóbulos.

—El marqués de las Marismas da cuenta de un perfeccionamiento que ha hecho en la máquina neumática de mercurio, por medio de cuya mejora la convierte en un instrumento muy cómodo. Consiste en dos globos conteniendo mercurio, que se comunican entre sí, y con el recipiente en que se hace el vacío, por medio de tubos flexibles. Un mecanismo permite subir y bajar alternativamente los globos, y segun el autor, el vacío obtenido de este modo es muy superior al que se realiza de otra manera.

Asociacion británica para el progreso de las ciencias.

BELFAST, 19 AL 26 AGOSTO.

El Congreso que anualmente celebra esta Asociacion se ha verificado este año en Belfast, centro de la industria irlandesa, y una de las ciudades más prósperas del Reino-Unido. Su poblacion, que al principio de este siglo llegaba apénas á 20.000 almas, pasa en el año actual de 200.000.

Las sesiones empezaron el 19 de Agosto por un discurso de M. Tyndall, presidente, y terminaron el 26 por un *meeting* general, en el cual ha sido nombrado presidente para el próximo año M. Hawkshaw, el célebre ingeniero que tanto ha contribuido á la perforacion del istmo de Suez, y cuya opinion es favorable á la construccion del túnel submarino entre Inglaterra y Francia.

En breve nos ocuparemos de los importantes trabajos de este Congreso. La próxima reunion se verificará en Agosto de 1875 en Bristol. El número de miembros inscritos llega á 1.900.

Congreso de la Asociacion médica inglesa.

NORVICH 11 AL 17 DE AGOSTO.

La puohemia y su contagio.—La fisiología como base de la medicina.—Progresos quirúrgicos.—Grandes hospitales.—El abuso del tabaco.

Inauguróse con una funcion religiosa, con asistencia de mil asociados. En la primera sesion el Dr. Fergusson entregó la presidencia al Dr. Copeman, el cual leyó un estudio sobre la puohemia y demas enfermedades que pueden sobrevenir despues de las operaciones quirúrgicas. Indicó como elementos principales de contagio el aire contaminado y el agua impura, y aseguró que la puohemia no es una enfermedad exclusiva de los grandes hospitales, sino propia de todos los sitios en que se olvidan ó abandonan las leyes de la higiene y de la limpieza.

—El Dr. Reynolds presentó en la siguiente sesion un trabajo destinado á preconizar el estudio de la fisiología, como único capaz de proporcionar conocimientos sólidos en medicina, desarrollando en grandes consideraciones los cuatro puntos que en su concepto deben estudiarse con mayor esmero: la vida; el hombre; la individualidad, y la especificidad morbosa.

—El Dr. Cadge leyó en la sesion del 13 una Memoria sobre los adelantos modernos de la cirugía, entre los cuales citó como más importantes el método operatorio de Esmarch y la ligadura elástica de Dittel.

—El Dr. Churchill presentó un estudio sobre los grandes hospitales, defendiendo su idea de que, no por ser grandes, deben encontrarse en malas condiciones higiénicas, como han sostenido otros facultativos.

—El Dr. Drysdale disertó extensamente en la última sesion sobre la accion del tabaco, citando dos casos de amaurosis observados por él en fumadores jóvenes, á consecuencia del funesto abuso que hacian del tabaco.

El Congreso terminó sus sesiones el 17 de Agosto, despues de dilucidar otras varias cuestiones ménos importantes que refiere *El Siglo Médico*, de quien extractamos estos ligeros apuntes. El año próximo se verificará la reunion de esta Asociacion en Edimburgo, bajo la presidencia del Dr. Christison.

Congreso de Lila.

LA DISTRIBUCION GEOGRAFICA DE LA LENGUA VASCA.

La lengua vasca es la más antigua de Europa y verosímilmente autoctona. Las demas lenguas son de origen asiático; el hecho está demostrado por las lenguas arianas y las lenguas turanianas de Europa, es decir, el finlandés, el lapon, el ma-

gyar y el turco son también originarias de Asia. De éstas, el finlandés es el idioma llegado á Europa más antiguamente y se extendió á lo lejos hácia el Oeste. Se había querido relacionarle con el vasco, pero con justicia se ha negado este aserto; los idiomas ugro-finlandeses y el vasco no tienen relación alguna, salvo el carácter negativo; no son lenguas flexibles. El vasco tampoco tiene las afinidades que se ha creído encontrarle con las lenguas americanas, con gran perjuicio de las teorías sobre la Atlantida; y ménos con el berebere. Pero el vasco, hoy aislado en medio de las lenguas arianas, no lo ha estado siempre. Guillermo de Humboldt ha reunido una multitud de nombres geográficos iberos, que no se explican sino con ayuda del vasco. Es, pues, cierto que el vasco, ó al ménos una lengua estrechamente afiliada á él, ha reinado en toda la Península. El mismo procedimiento ha demostrado la extensión del vasco al Norte de los Pirineos, al ménos hasta el Adur. En fin, Diódoro y Tucídides dicen que los sicanos constituyen un pueblo ibero trasladado á la Italia meridional.

Así, pues, ántes de la introducción de las lenguas arianas había en Europa numerosas tribus que hablaban dialectos diversos, pero que necesariamente estaban más ó ménos afiliados entre sí. Así sucedió en la América del Sur, en Africa, en Australia, donde una familia de lenguas ocupa una extensión muy grande, cuando no ocupa un continente entero, y la familia á que pertenece el vasco ha debido ocupar toda la Europa occidental. Nada contradice esta hipótesis. Después, poco á poco, las lenguas arianas hicieron desaparecer esos idiomas, de los cuales sólo queda hoy el vasco; de aquí el mantenimiento de los nombres de lugares que persistieron hasta la época histórica; por lo demás, los autores antiguos indican las estrechas relaciones que existían bajo todos puntos de vista entre los aquitanios y los iberos. Antes de los romanos, la Iberia no había sido conquistada más que por los celtas y los cartagineses. De modo que el ibero no es ni una lengua fenicia, ni una lengua celta, y los antiguos no hacían ninguna distinción entre los iberos y los *vascones* ó *cántabros*, antepasados de los vascos; la opinión de Humboldt está, pues, confirmada. La lengua vasca cedió ante la invasión romana, y la vemos desaparecer en Aquitania y en España; únicamente las tribus de los Pirineos arrimadas al golfo de Gascuña la conservaron; quizá pueda decirse lo mismo de las tribus acantonadas entre el Adur y las montañas; pero, aunque es posible explicarlo de esta manera, la existencia de la lengua vasca en esta región puede tener otro origen.

En el siglo V, los visigodos quisieron someter los vascones de España; éstos perdieron una parte de su territorio, y muchos de ellos emigraron y pasaron los Pirineos, donde se establecieron á viva fuerza hasta las orillas del Adur. En 602 hasta obtuvieron de Thierry II, rey de Borgoña, la cesión de este país. Fué una verdadera colonización vasca, y de esa época puede datar el regreso del vasco al Norte de los Pirineos.

Los vascos españoles son dolicocefalos, y los vascos franceses braquicefalos; así, pues, como desde los tiempos históricos ninguna raza braquicefala ha ido á la Vasconia francesa, ni ninguna raza dolicocefala á la Vasconia española,

esta división étnica debe datar de los tiempos prehistóricos.

De cualquier modo que sea, los vascones se mantuvieron en su conquista; por dos veces aplastaron en el paso de Roncesvalles á las tropas carolingias. Bajo el reinado de Luis el Clemente, extendieron su poderío hasta el Narboneso, pero á la muerte de su gran jefe nacional, el duque Lobo, sus posesiones fueron divididas en tres por los hijos y herederos de éste: los condes de Bigorre y de Bearn y el duque de Vasconia. Desde entonces, en los dos primeros Estados el elemento vascon fué poco á poco perdiendo terreno ante el elemento más antiguo galo-romano, y la lengua de los vascones desapareció ante un *patois* de lengua de oc (*langue d'oc*—*Languedoc*); los habitantes de los Condados rechazaron el nombre de vascones y se llamaron bearneses. Por otra parte, sin embargo, las incursiones de los vascones más allá del Adur y hasta la Dordoña, dieron á esta región el nombre de *Vasconia*, que con el tiempo se trasformó en *Gascuña*, mientras que los *vascones* que se quedaron en los valles pirenaicos modificaron su nombre por un cambio bien conocido de V en B, llamándose *Bascos* (1).

En Francia la línea de demarcación entre las dos lenguas es bien clara. Aparte de las tres poblaciones poco alejadas del Oloron, en las cuales ciertos padres de familia enseñan á sus hijos á hablar el bearnés y el vasco, no se conoce punto de transición entre los dos elementos. Se sabe por mapas y documentos auténticos que en el transcurso de los siglos, los límites vascos no han retrocedido ante el bearnés; hay, por ejemplo, una ordenanza del rey Carlos IX prohibiendo á los habitantes de Biarritz y de las localidades vecinas que usaran el bearnés en los actos oficiales, y mandando que emplearan la lengua francesa, lo cual prueba que ya Biarritz no era entonces ciudad más vasca que hoy. Existe, sin embargo, en esta región una población bearnesa, la de Bastide-Clarence, que por mucho tiempo se ha creído formaba un islote en medio de los Vascos, pero este islote es una península unida á las riberas bearnesas del Adur por una línea no interrumpida de pequeñas poblaciones en que se habla bearnés. Esta fijeza no existe en España, pues la línea de demarcación entre el castellano y el vasco, se aleja cada vez más del Ebro, aproximándose á los Pirineos.

No hace mucho tiempo Puente la Reina era todavía una localidad en que se hablaba á la vez vasco y castellano; hoy no se habla más que castellano, lo mismo que en Pamplona. Hay en España una zona de transición entre los dos idiomas absolutamente deficiente en Francia. Un hecho igualmente notable es la exacta coincidencia de las dos líneas orientales á un lado y otro de los Pirineos; en la falda del pico de Avit, es donde se reúnen en el *puerto del Roncal*; incontestablemente al apoyo que se prestan mutuamente los vascos de las dos vertientes pirenaicas, se debe que su lengua y su nacionalidad ofrezcan enérgica persistencia, sobre todo en Francia, contra el bearnés. Pero ambos, bearnés y vasco, están

(1) Hoy existe esta misma diferencia de V y B entre los vascos españoles y los franceses.

destinados á desaparecer, devorados por el frances; y, gracias á su afinidad con esta lengua romana, el bearnés perecerá primero, pero tarde ó temprano, el vasco no escapará á su suerte.

PAUL BROCA.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

El *Diario oficial* francés publica una Memoria remitida por el subdirector de la escuela de Atenas, M. Albert Dumont, al ministro de Instrucción pública, sobre el viaje del abate Duchesne y M. Bayet á Epiro y Tesalia. Estos dos exploradores han estado en el monte Athos, en Salónica y en Patmos, cuya biblioteca ha suministrado preciosos tesoros á M. Duchesne. Los resultados del viaje consisten en 160 inscripciones recogidas, de las cuales 140 son inéditas; en estudios arqueológicos muy interesantes para la historia del arte bizantino, sobre los mosaicos de Salónica y las pinturas de Athos. Pero más interesantes todavía son las investigaciones paleográficas de M. Duchesne, entre las cuales son muy notables los hallazgos de 22 páginas de la *Iliada*, nueve hojas de Epístolas de San Pablo, manuscrito de Cesárea; 30 hojas del Evangelio de San Marcos, manuscrito del siglo VI, y algunos originales de Demóstenes y Tucídides.

Un médico español, el doctor Sojo Batalla, ha publicado una carta reivindicando para sí el honor de haber descubierto hace tiempo el antagonismo que existe entre el veneno de la víbora y el de la rabia, y por consiguiente la preservación de la hidrofobia por la inoculación de aquel, observación hecha por el doctor Jitzky, en la Sociedad médica de Wilna (Rusia). En el núm. 25 de la *REVISTA EUROPEA* (pág. 230 del tomo II), dimos un extracto de la sesión de la expresada Academia; y hoy, en vista de la carta del doctor Sojo, debemos consignar que en 1866 hizo pública dicho señor la observación indicada, en un artículo que con el título de *Verdadero preservativo de la hidrofobia*, insertó en el *Siglo Médico*. Con posterioridad, el doctor Desmartius, de Burdeos, confirmó en todas sus partes la eficacia del descubrimiento del señor Sojo; de modo, que ésta y la del doctor Jitzky, de Wilna, son dos confirmaciones muy honrosas para nuestro compatriota.

En una de las minas de hulla que se están explotando en el país de Gales ha ocurrido una horrible explosión de los gases que exhala el carbon mineral, produciendo gran número de víctimas. Piedras y pedazos de hulla de bastante peso han sido lanzados por la explosión hasta una altura de 200 metros.

Una correspondencia de Nueva-York dice terminantemente que aumenta el número de los mormones, y que hace pocos días le han llegado de Europa 700 adeptos, que sólo han permanecido dos días en aquella ciudad, saliendo en seguida para la ciudad del lago Salado. John-P. Smith, uno de los hijos del profeta y David Mackenzie, secretario del presidente Brigham-Young, han salido de

los Estados-Unidos en cualidad de misioneros mormones, dirigiéndose el primero á Inglaterra, y el segundo á Escocia, á fin de hacer más prosélitos.

El Sr. Luvini, profesor de física de la Academia militar de Turin, ha inventado un instrumento muy ingenioso que denomina dieteroscopio, y que podrá prestar grandes servicios á la geodesia, permitiendo estudiar, por un procedimiento seguro, la influencia de las condiciones atmosféricas sobre la posición aparente de las señales. El dieteroscopio se compone simplemente de una lente astronómica, delante de cuyo objetivo se fija un tubo que contiene dos objetivos de menor abertura que la de la lente, y separados por una distancia igual á la suma de sus extensiones focales. El observador ve, pues, dos imágenes de un punto lejano; una aparece al revés á través de la porción que queda libre del objetivo de la lente, y la otra recta á través del colimador y de la lente. Si, en un momento determinado, estas dos imágenes llegan á tocarse, toda variación de la refracción se traducirá en seguida por la separación de los dos puntos, y podrá ser medida.

Un periódico científico francés cita una efeméride muy curiosa, correspondiente al 20 de este mes. En 1717 se verificó un eclipse de luna que llamó mucho la atención, porque la luna, al salir, apareció ya eclipsada, mientras el sol se ocultaba por el lado opuesto del horizonte. La presencia de los dos astros al mismo tiempo era de un efecto singular que, sin la teoría de la refracción, sería completamente inexplicable.

Un periódico de California refiere que, á media legua de Bartlett, en la cima de una montaña, hay un manantial que se denomina *Gaz Spring*, cuya agua es fría como el hielo y forma espuma como si hirviera; pero lo más maravilloso es que respirando el gas que el manantial despidió, sobreviene infaliblemente la muerte.

El día 8 del actual se celebró en Salamanca la inauguración de la exposición agrícola y pecuaria, cuya iniciativa corresponde al Círculo agrícola de aquella ciudad, compuesto de propietarios y labradores, deseosos todos del bien de su provincia y de los adelantos de la agricultura.

Una erupción del Etna.

En la mañana del 30 de Agosto, grandes columnas de humo empezaron á elevarse y extenderse en distintas direcciones. Todo hacía creer que se habían formado varios cráteres en la vertiente Norte, y que se iba á verificar una de las más imponentes y terribles erupciones del Mongibello. Pero después de algunas horas cesó el humo, y la erupción pareció terminada. Por consecuencia, sin duda, de esta terminación produjéronse después grandes sacudidas y temblores de tierra que han causado un pánico horrible, sobre todo en Randazzo, Bronte, Linguaglossa y Piedimonte. Todos los agentes de la autoridad de la capital marcharon á las citadas localidades para guardar las casas, porque los habitantes

han pasado varias noches á la intemperie léjos de los edificios. Se ha notado un fenómeno bastante singular; la carencia de todo ruido interior del volcan. Habitualmente en el Etna se observan, como preludios de sus grandes espectáculos, fuertes detonaciones y ruidos, como las tormentas; pero esta vez no se ha oído nada. La lluvia de cenizas ha sido poco considerable. ¿Serán estos los síntomas de una dilatación progresiva del volcan? (*Gazetta di Messina.*)

Esta última indicación y otros datos contribuyeron á tranquilizar los ánimos; y ya se creía terminada la erupción, cuando el 2 de este mes abriéronse con estrépito nuevos cráteres al Este del cráter primitivo, y á distancia de 2.500 metros unos, 5.000 metros otros, y algunos algo más. El citado día y el 3, fecha de una carta de Messina que tenemos á la vista, se oyeron grandes ruidos interiores, y todos los cráteres vomitaron gran cantidad de lava, cuya intensidad continuaba aumentando por momentos.

* * *

La generación espontánea.

Las tan debatidas como oscuras cuestiones que se relacionan con la generación espontánea, empiezan á agitar de nuevo los círculos científicos de Europa, á consecuencia de unos experimentos que acaba de hacer M. Onimus. Este sabio ha hecho construir un aparato muy sencillo: un globo de cristal cuyo cuello está cubierto por un tapon de caucho atravesado por tres tubos metálicos. Los dos primeros terminan en el exterior por una llave que sirve para mantener el vacío, y por un cilindro de siete centímetros de longitud que se puede llenar de algodón ó de amianto. El tercer tubo termina también por una llave, en cuya extremidad hay un trócar construido de tal manera, que impide absolutamente la entrada del aire en el tubo.

M. Onimus introduce previamente en el globo 300 gramos de agua, dos gramos de fosfato de amoníaco y 50 milésimas de gramo de sal marina; somete á la ebullición la solución formada de este modo, y abiertas las llaves, el vapor de agua se escapa al exterior, echando el aire fuera del globo y de los tubos, al mismo tiempo que el calor destruye todos los gérmenes que pueden existir.

Cuando la ebullición se prolonga bastante, se cierran las llaves, y queda hecho el vacío perfecto. Entonces se espera á que el aparato vuelva á la temperatura del medio ambiente, y cuando llega este caso se calienta el trócar y se introduce directamente en la vena cava ó en el corazón de un conejo. Abrese la llave á que está adaptado el trócar, y gracias al vacío que existe en el globo, la sangre se precipita en él, sin haber sufrido el menor contacto de aire. Cuando se han recogido de esta manera algunas gotas de sangre, se cierra la llave. M. Onimus ha podido reemplazar la sangre por clara de huevo.

El globo del experimento contiene de este modo sangre ó albúmina que no ha sufrido el contacto del aire. Entonces M. Onimus introduce aire desprovisto de los gérmenes que contiene ordinariamente, y para ello se sirve de los otros dos tubos llenos de una espesa capa de algodón cardado ó de amianto, calentando al mismo tiempo los dos tubos, para estar completamente seguro de la

destrucción de todos los gérmenes que puede contener el aire. Consíguese, pues, reunir en un espacio cerrado sustancias albuminosas sin ninguna alteración, líquido desprovisto de gérmenes y aire en las mismas condiciones.

Ningún germen exterior ha podido penetrar en el globo; ningún germen interior ha podido subsistir; y sin embargo, después de algunos días, sometiendo el líquido aprisionado á una inspección microscópica, se encuentran en él animalillos, vibriones y bacterios. Estos organismos vivientes se desarrollan más lentamente que en un líquido que esté al contacto del aire normal, no son tan numerosos, son más pálidos y menos movibles, pero se desarrollan y viven. He aquí la generación espontánea, concluye M. Onimus.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Tratado del diagnóstico quirúrgico, por Jorge H. B. Macleod; traducido y anotado por D. R. Hernandez Poggio.—Un tomo en 4.º mayor, de 336 páginas.—Cádiz, 1874.

El diagnóstico quirúrgico, más difícil de formar que el médico en muchos casos, constituye uno de los conocimientos más importantes; y esto sentado, compréndese perfectamente la trascendencia del libro que anunciamos, tan útil como necesario en España, donde no existen obras de esta clase, ni es extraño que no existan, pues en el extranjero, á pesar de la reconocida utilidad del diagnóstico quirúrgico, tampoco se ha publicado nada sobre este asunto hasta hace poco tiempo.

Uno de los libros más notables del extranjero en esta cuestión, es el de Macleod, á que se refieren estos apuntes, obra clásica en Inglaterra, que se distingue por la claridad, concisión y riqueza de conocimientos; y por lo tanto el Sr. Hernandez Poggio ha prestado un verdadero servicio á la ciencia y á sus profesores españoles con la versión y publicación de una obra tan notable, impresa con gran esmero en el acreditado establecimiento de la *Revista Médica* de Cádiz.

* * *

Tristeza; segunda mazurka para piano, por D. A. Luceño y Becerra.—Toledo, editor, Fuencarral, 11, Madrid, 1874.

La Madrileña; canción española, con acompañamiento de piano, letra y música de D. Isidoro Hernandez.—Toledo, editor, Madrid, 1874.

Dos obras musicales de tan distinta índole como expresan los epígrafes anteriores, pero ambas muy notables, acaba de publicar el activo editor D. Nicolás Toledo, cuyo establecimiento ha llegado á adquirir en pocos años una hoga que hace honor á su inteligente dirección. La *Tristeza*, del Sr. Luceño, es una polka de fácil ejecución destinada á brillar en los salones, como la *Pureza* que publicó hace algún tiempo, pues ambas revelan brillantes dotes artísticas en su joven autor, conocido á la vez por sus trabajos literarios. De la canción del Sr. Hernandez sólo debemos recordar que su autor lo es de gran número de composiciones de este género, y que todas ellas han merecido éxitos y aplausos no comunes. El Sr. Hernandez es uno de los artistas que más hacen gemir las prensas, y esto sólo sucede con el verdadero mérito.

Propiedad literaria.

Relación de las obras presentadas en el Ministerio de Fomento en el mes de Agosto de 1874.

- Losarcos.—Defensa de las instituciones sociales, 1 t. 8.º
- Morenas.—Método de lectura, filosófico y sencillo, 1 t. 8.º
- Gutierrez.—Códigos ó estudios fundamentales, t. 7.º en 4.º
- Menendez.—Refutación de los principios de la Internacional, 1 t. 8.º
- Cogan.—Memoria sobre fábrica de papel en Sevilla, 1 t. 8.º
- Meneses.—Ideal del arte industrial, 1 t. 8.º
- Serrano.—Guía de las madres de familia, 1 t. 8.º
- Busto.—Cuadros de patología general, 2 t. 4.º
- Montaut.—El Jurado, 1 t. 4.º
- Ardila.—Una vendimia en Jerez, 1 t. 8.º
- La Serna y Montalban.—Elementos de Derecho civil, 3 t. 4.º
- España mitológica, comedia manuscrita, 1 t. 4.º
- Almanaque de la Risa para 1875, 1 t. 8.º
- Cremieux.—Bagatelle, ópera cómica de Offenbach, 1 t. 12.º